

LA MONJA ALFEREZ CATALINA DE ERAUSO

¿Cuál sería su verdadero sexo?

I

La vida y aventuras de la Monja Alferéz no es asunto nuevo ni mucho menos ignorado; pero de viejo y conocido en pasados tiempos, hay actualmente muchos que lo ignoran. Para éstos, y con algunas consideraciones *psíquico-médicas*, escribo este artículo.

II

Documentos informativos, referentes a ese asunto, son los siguientes:

I. En el año 1653 se publicaron en la ciudad de México, por la viuda de Bernardo Calderón e Hipólito de Ribera, tres *Relaciones*, con estos títulos:

Relacion prodigiosa de las grandes hazañas y valerosos hechos, que una muger hizo en quarenta años que sirvió a su Magestad en el Reyno de Chile, y otros del Perú y Nueva España en avito de soldado. Y los honrosos oficios militares que tubo, sin que fuesse conocida por muger, hasta que le fue fuerza descubrirse. Con licencia. En México, por la Viuda de Bernardo Calderón, en la Calle de San Agustín. Año de 1653.

Segunda Parte de la Relacion de la Monja Alferéz, y dizense en ella cosas admirables y fidedignas de los valerosos hechos desta muger; de lo bien que empleo el tiempo en servicio de nuestro Rey y Señor. Impreso con licencias, en México. Por Hipólito de Rivera.

ULTIMA y Tercera Relacion, en que se haze verdadera del resto de la Vida de la Monja Alferéz, sus memorables virtudes, i exemplar muerte en estos Reynos de la Nueva España. Ympressa: con Licencia en México. En la Ymprenta de Hipolito de Rivera. Mercader de libros. En el Empedradillo. Año de 1653.

Estas tres *Relaciones* se contienen en seis hojas de a folio, sin nombre de autor.

Se reimprimieron ellas en el Tomo 3º de la *Ilustración Mexicana*, págs. 623-631, en México, por Ignacio Cumplido, año de 1852. Fol. Después las reprodujo el *Diccionario de Historia y Geografía* (Diccionario de Andrade) en el Tomo V, págs. 499-505. México, 1854. Fol.

2. Historia de la Monja Alferez, D^a Catalina de Erauso, escrita por ella misma, e ilustrada con notas y documentos, por D. J. M. D. F. París, 1829. 4º Con un buen grabado en acero, retrato de la Monja.

A más de las *notas y documentos*, contiene este volumen, al final, *La Monja Alferez, Comedia famosa de D. Juan Pérez de Montalvan*. En verso.

Recuerdo haber tenido esta misma obra traducida al francés e impresa en París.

Hay de ella otra edición castellana, con la introducción mutilada, y sin la comedia, impresa en Barcelona el año 1838.

3. En el citado tomo 3º de la "Ilustración Mexicana" se encuentra, en las págs. 221-230, un artículo firmado S. C. con el título de *La Monja Alferez*.

4. Referencias a este célebre personaje las hay en las *Disertaciones* de Alamán, Tomo 3º Ap. pág. 32, y en la *Historia de Orizaba*, pág. 308, por Marcos Arróniz (Orizaba, 1867), todas ellas derivadas de la autobiografía y notas de su primer editor. Lo que en obras antiguas acerca de lo mismo, brevemente relataron los escritores de la época, está aprovechado y citado en las mencionadas *notas*.

III

Para fundar en lo posible mis reflexiones y apreciaciones psico-médicas, expondré brevemente la azarosa vida de la llamada Monja Alferez, dividiéndola en períodos sucesivos.

1º

De su nacimiento hasta su embarque para América.

Nació en la Villa de San Sebastián de Guipúzcoa el año de 1592, pues así lo testifica su partida de bautismo, que a la letra dice:

"Bautizóse Catalina de Erauso en diez de febrero de dicho año (1592), hija legítima de Miguel de Erauso, y de María Perez de Galarraga. Padrinos Pedro de Galarraga, y Maria Velez de Aranalde. Ministro el Vicario Alvisua."

Fue la tercera entre sus hermanos que llegaron a seis, aunque en su *Relación* figura otro, Miguel de Erauso, "que no le conoció ni había visto en su casa por haber partido para América cuando ella tenía 2 años."

De edad de 5 años la pusieron sus padres en el convento de S. Sebastián el antiguo, de monjas dominicas, al cuidado de su tía materna, Sor Urzula de Unza y Sarasti, que era la priora.



El Alférez Doña Catalina de Heraso.—N. de S. Sebas. Anno 163.
Atatis suc 52 Anno.



BIBLIOTECA CENTRAL DEL
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA
CIUDAD DE MEXICO

Allí se crió y vivió, sin salir para nada de dicho monasterio, hasta la edad de 15 años, y entonces se trató de que ingresara a la comunidad, para lo cual se le dio el hábito de novicia. Ya casi terminaba su noviciado cuando tuvo un fuerte disgusto con Sor Catalina de Aliri, monja profesa, viuda, llegando las cosas hasta maltratarse no solamente de palabra, sino también de obra . . . "y como la monja era robusta y yo muchacha, me maltrató de manos, y yo lo sentí." Importante sería saber cuál fue el motivo de aquella reyerta, o si sólo la provocó el mal carácter de entreambas.

Catalina quedó sumamente disgustada de aquel acontecimiento, en el cual llevó la peor parte, y quiso no permanecer más allí, donde había sido derrotada.

La noche del 18 de Marzo del año 1600 (cronología de la *Relación*) acudió la comunidad al acostumbrado rezo de maitines, y con ella las novicias. Cuando Catalina entró al coro encontró en él arrodillada a su tía la Superiora, la cual le llamó y entregándole la llave de su celda le ordenó le llevase su Breviario. Al abrir la celda y buscar el libro, lo primero que a su vista se presentó fueron las llaves del convento, colgadas en un clavo.

Esta circunstancia le sugirió la idea de abandonar el monasterio, aprovechando aquella inesperada oportunidad. Dejó la celda sin cerrar con llave y llevó al coro el Breviario y llaves, que entregó a su tía. Iniciado el rezo y toda la comunidad ocupada en su asistencia al coro, Catalina aprovechó un momento propicio, y acercándose a su tía le pidió licencia de retirarse pues se encontraba enferma. Para cerciorarse de la verdad, por toda investigación pasó su mano la Priora por la cabeza de la novicia y le dijo: "anda acuéstate."

Al salir del coro fue su primera providencia tomar una luz e irse directamente a la celda de su tía, que había dejado Catalina sin cerrojo, y de allí tomó algún dinero, agujas, hilo y tijeras, más las llaves del convento. Con ellas fue abriendo todas las puertas del mismo y emparejándolas, hasta llegar a la de la calle. En ésta abandonó el escapulario del hábito y marchó al acaso, yendo a parar a un castañar que estaba situado a espaldas de su convento. Allí permaneció 3 días, ocupada en arreglarse un vestido apropiado, haciendo de una basquiña azul que portaba, unos calzones; de un faldellín verde de perpetuan, una ropilla y polainas; y como no pudiese utilizar en algo el hábito, lo abandonó. Procedió después a cortarse el cabello, que dejó también tirado por el suelo.

Con este traje de varón emprendió desde luego y al acaso su camino, evitando aproximarse a lugares muy poblados, hasta que al cabo de 4 días de continuo caminar a pie, y comiendo solamente las yerbas y frutos que encontraba a su paso, arribó a la ciudad de Victoria que distaba de San Sebastián, como 20 leguas.

Permaneció allí algunos días sin saber a qué atenerse, hasta que encontró casualmente al catedrático y Dr. D. Francisco de Cerralta, quien sin dificultad la tomó a su servicio, vistiéndola convenientemente. Este caballero estaba casado con una prima hermana de la madre de Catalina, mas ella pro-

curó no se le conociese. Permaneció al servicio del mismo casi *3 meses*, y como viese el susodicho que su criado leía bien el latín, le tomó más afición y le propuso dedicarle al estudio; Catalina se negó, y él instó más y más, sin lograrlo. Viendo que los ruegos no surtían efecto, recurrió a medios violentos, llegando hasta poner las manos sobre la misma. Esto le desagradó demasiado a Catalina y entonces resolvió dejar al Dr. Cerralta, lo que ejecutó *robándole* un poco de dinero, mediante el cual y por el precio de 12 reales, contrató con un arriero que salía para Valladolid, la llevase allá, invirtiendo *7 días* en esta caminata.

Llegó a Valladolid, lugar donde a la sazón se encontraba la corte y allí fácilmente halló empleo, pues quedó en calidad de paje de D. Juan de Idiaquez, secretario del Rey, tomando ella el nombre de *Francisco Loyola*. Bien vestido, según lo requerían su empleo y la calidad del amo a quien servía, permaneció ejerciendo sus oficios Catalina, unos *7 meses*. Al fenecer éstos y estando una noche a la puerta de la casa, en compañía de otro paje, llegó a ella su padre, el capitán D. Miguel de Irauso, quien preguntó por D. Juan de Idiaquez, indicando necesitaba hablar con él urgentemente. Respondió el otro paje diciendo sí se encontraba su amo en la casa y subió a dar el recado de Irauso. Entretanto quedó Catalina frente por frente a su padre, con quien no cruzó palabra alguna y en la *mayor indiferencia*, por lo que no la reconoció. De regreso el otro paje invitó a Irauso a que subiese y tras él siguió Catalina el mismo camino. Conferenciaron ambos sujetos y entonces supo Idiaquez la fuga de la novicia de su convento, cosa que él sintió mucho, pues tenía gran cariño a ésta y mucho interés en el convento del cual era patrono por ser fundación de sus antepasados. Catalina oyó la conversación *sin conmoverse* por la pena de ambos interlocutores, y entonces resolvió, quizá por ser tarde que temprano descubierta, dejar aquella casa y para ello fue luego a su aposento, recogió su ropa y con sólo 8 doblones que traía consigo, se fue a un mesón de la ciudad, en donde durmió aquella noche y se arregló con un arriero que a la mañana siguiente debiera salir rumbo a Bilbao. Así se ejecutó "sin saberme yo que hacer ni a donde ir, sino dejarme llevar del viento como una pluma"; tales son sus palabras.

Llegó a Bilbao al cabo de *7 días* de camino, en donde no encontró albergue ni comodidad "ni sabía que hacerme". No sé por qué circunstancia unos muchachos se fijaron en ella y dieron en seguirla, y, para ahuyentarlos les tiró unas pedradas y lastimó a uno de éstos. A consecuencia de ello la encarcelaron, durando en prisión *1 mes*, y como sanara de su herida el muchacho, se la concedió su libertad, quedándole entonces muy poco dinero.

Dejó a Bilbao desde luego y se marchó a Estella de Navarra, caminando *3 días*. En ese lugar se acomodó como paje de Dn. Carlos de Arellano, caballero del hábito de Santiago y a su servicio duró *2 años*, "bien tratado y vestido". Pasado ese tiempo y sin más causa que su gusto, dejó esa comodidad y se fue a S. Sebastián, su patria, a donde llegó al cabo de *6 días* de marcha. "Allí me estuve, dice, sin ser de nadie conocido, bien vestido y "galán; y un día oí misa *en mi convento* la cual oyó también *mi madre*, y vi-

de que me miraba y no me conoció, y acabada la misa unas monjas me llamaron al coro, y yo no dándome por entendido, les hice muchas cortesías y me fuí". Pasaba ésto ya bien corrido el año 1603, y su permanencia en San Sebastián fue de 6 días. De este lugar se marchó al puerto del Pasaje, en donde se encontró con el capitán Miguel de Berroiz que iba a partir con una nave suya para Sevilla. Ajustó su pasaje en 40 reales, se embarcó y partió, habiendo sido su estancia en Pasaje, de 4 días.

Al cabo de 10 días de navegación arribó a San Lúcar, en donde desembarcó y permaneció 2 días, y al finalizar ellos partió para Sevilla en donde estuvo otros 2 días regresando luego a San Lúcar.

En este puerto se encontró al capitán Miguel de Echazarreta, su paisano, el cual servía en un patache de galeones al mando del general D. Luis Fernández de Córdoba, y de la armada toda, D. Luis Fajardo, quien partía para Punta de Araya.

Sentó plaza de grumete en un galeón del capitán Esteban de Eguiño, tío suyo materno, se embarcó y partió de San Lúcar el 24 de Marzo, Lunes Santo, del año 1603 y al cabo de 4 días de su segunda permanencia en San Lúcar.

13 años y 22 días bastaron para transformar a la *novicia* en *grumete!*

2º

Sus aventuras a partir de su embarque en San Lúcar (1603) hasta su llegada a Lima, en el Perú.

Confiesa la monja que en aquel su nuevo oficio pasó algunos trabajos, pero que al saber su tío Eguiño el lugar de su nacimiento y nombres de sus supuestos padres, tuvo con él algún amparo. Al arribar a Punta de Araya encontraron una armadilla enemiga fortificada en tierra, a la cual la armada española desalojó, después de un sangriento y reñido combate. Allí recibió Catalina su bautismo de fuego y sangre.

Siguió la armada su derrotero y llegó a Cartajena de Indias, en donde ancló 8 días.

En este lugar borró la monja su matrícula de grumete y quedó al servicio de Eguiño quien siguió para Nombre de Dios, en donde permanecieron 9 días, tiempo en el cual murió mucha gente, quizá de alguna enfermedad endémica (fiebre amarilla?) lo cual apresuró mucho el regreso del cuerpo expedicionario. Embarcados los caudales y presto todo para regresar a España, "yo le hice, dice, un tiro cuantioso a mi tío cogiéndole 500 pesos: a las diez de la noche, cuando él estaba durmiendo, salí y dije a los guardas que me enviaba el capitán a un negocio a tierra: dejáronme llanamente pasar como me conocían: salté en tierra, y nunca me vieron más."

Al cabo de una hora dispararon piezas de leva y se hicieron los navíos a la vela.

Libre de próximo peligro con la partida de sus compañeros, se acomodó

Catalina con el capitán Juan de Ibarra, factor de las casas reales de Panamá. En Panamá le sirvió 3 meses y como en ese lugar había poca comodidad, y el sueldo era corto, presto dió fin a los 500 pesos robados y entonces decidió cambiar de residencia. Con este propósito buscó a quien servir y lo encontró en la persona de Juan de Urquizu, mercader de Trujillo.

Con él partió de Panamá para el puerto de Paíta, mas al llegar al de Manta tuvieron un mal tiempo y naufragó la embarcación, "y sólo los que supieron nadar como yo, su amo y otros salieron a tierra, pereciendo los demás." En Manta alquiló su amo un navío; así llegaron finalmente a Paíta, en donde aquél encontró su hacienda cargada en una nao de Alonso Cerrato. Ordenó Urquizu a Catalina que desembarcase la mercancía, y toda por sus números la fuese remitiendo a Saña; después de darle estas órdenes se marchó. Cumplió la monja cuidadosamente el encargo y así que terminó se dirigió a Saña. Muy complacido quedó de su eficacia su patrono, por lo cual le hizo un buen recibimiento y le regaló vestidos: a más le puso una tienda que importó más de 130,000 pesos, dándole por escrito, precios e instrucciones, con más dos esclavos que le sirviesen y una negra cocinera, señalando \$ 3.00 para el gasto diario. Arreglado así todo, se marchó el amo con el resto de su hacienda, para la ciudad de Trujillo. Otra de las instrucciones que le dejó escritas fue el nombre de las personas a quienes podía abrir cuenta, recomendándole, de especial manera que atendiese a todos los pedidos de Doña Beatriz de Cárdenas, sin poner tasa ni restricciones.

Cumplió fielmente Catalina su cometido llevando minuciosamente cuenta y razón, a diario, de las ventas y de los fiados.

Como Doña Beatriz pidiese demasiadas cosas y con repetida frecuencia, llegó a temer Catalina haberse excedido, y se lo avisó a Urquizu, quien le contestó que podía darle toda la tienda, si ella la pidiese. Resguardada con esa carta quedó tranquila.

En esta ocupación pasaba serenamente sus días cuando en uno de fiesta concurrió al teatro, y ya instalada en su asiento, llegó un llamado Reyes y le colocó otro delante, molestándola mucho con ello. Pidió se apartase un poco y Reyes le respondió con desabrimiento, contestando ella en los mismos términos. Esto dió motivo para que Reyes le dijese a Catalina que se fuese de ahí o que le cortaría la cara. Indignada se salió del teatro pues no llevaba consigo por toda arma mas que una daga y con ella pensaba vengar su agravio. Esto no se efectuó luego por impedirlo amigos de entreambos.

Al día siguiente por la mañana estando Catalina en la tienda pasó Reyes por la puerta y repitió sus paseos. Lo advirtió aquélla y cerrando la tienda tomó un cuchillo que llevó a un barbero para que lo afilase y picase el filo como sierra; "púseme mi espada, que fué la primera que ceñí" y se fue en pos de Reyes. Este, acompañado de un amigo se encontraba frente a la iglesia paseando; se le acercó Catalina por las espaldas y le dijo: ¡ah Sr. Reyes! volviósse éste y le respondió: ¿Qué quiere? Catalina entonces le contestó: "esta es la cara que se corta", y con su cuchillo-sierra le hizo una larga herida en la cara. Atendió el lesionado a su dolencia y su amigo sacando su

espada se volvió contra el agresor que a su vez tenía lista la suya, entablándose un verdadero combate entre ambos. Catalina, con una habilidad no esperada de su parte, dió a su contrario una estocada en el costado izquierdo que en el acto lo dejó por tierra. Como esto pasó frente a la iglesia tomó en ella asilo, lo cual no impidió que el corregidor D. Mendo de Quiñones la sacase arrastrando, la metiese a la cárcel, le pusiese grillos y en el cepo.

Avisado del doloroso acontecimiento Juan Urquizu, vino al punto desde Trujillo, y después de varias diligencias logró hacer a Catalina más soportable su prisión. La causa siguió su secuela y al final fue restituida a la iglesia después de 3 meses de pleito que sostuvo el obispo.

Así las cosas discurrió Urquizu sería conveniente que para dar buena solución a aquel desagradable asunto, se casase Catalina con Doña Beatriz de Cárdenas, con cuya sobrina estaba enlazado Reyes. La tal Doña Beatriz era realmente querida de Urquizu y con tal matrimonio que apagaría los rencores de la querrela, tendría aseguradas a la vez, a Catalina para su servicio y a Doña Beatriz para su gusto. Tal convenio se pactó con acuerdo de Doña Beatriz puesto que después que fue Catalina restituida al asilo eclesiástico, iba de noche a la casa de aquella señorona, la cual mucho le acariciaba y le rogaba se quedase a dormir en su casa. "Una noche me encerró y se declaró en que a pesar del diancho había de dormir con ella, y me apretó en esto tanto que hube de alargar la mano y salirme." Fue entonces cuando terminantemente declaró a su amo que no haría tal casamiento, y todavía porfió aquél prometiéndole dinero y representándole la hermosura y prendas de la susodicha dama, con más que así terminaría bien el desaguisado con Reyes y obtendría otras muchas conveniencias. Catalina no cedió y entonces se resolvió pasara ella a Trujillo con la tienda y demás gajes que allí tenía. Establecida en Trujillo atendió cual en Saña la tienda que le puso Urquizu y así pasaba tranquilamente su vida, cuando un buen día su criado avisó que estaban en la puerta de la casa unos hombres que traían broqueles. Alarmada por ello mandó llamar a un su amigo Francisco Zeraín, quien vino al punto y éste le informó que entre aquel grupo de hombres había reconocido a Reyes y al su amigo que recibió la estocada. Se armaron y salieron luego entablándose incontinenti la pelea en la cual el amigo de Reyes recibió de Catalina otra estocada que le puso fuera de combate y continuó la riña.

En lo más fuerte de la misma se presentó el corregidor D. Ordoño de Aguilar con dos ministros y sujetó a Catalina, dando esto tiempo a su amigo Zeraín para huir. El corregidor mismo la condujo rumbo a la cárcel y en camino a ella, uno de los ministros le dijo en vascuence que al pasar por la iglesia mayor le soltaría la pretina por donde la tenía asida y se acogiese a sagrado. Así lo hizo y la autoridad se quedó burlada.

Hizo otro viaje Urquizu desde Saña a Trujillo para ver de arreglar este nuevo lance lo que no pudo obtener, y entonces se resolvió que Catalina marchase a Lima. Entregó ella cuenta de su tienda y provista de cartas de recomendación, un par de vestidos y 2,600 pesos partió a esa ciudad, después de haber radicado 2 meses en Trujillo.



Desde su estancia en Lima hasta su partida a Valdivia y Tucumán.

Una larga caminata de más de 80 leguas hizo de Trujillo a Lima, y cuando allí estuvo, entregó la carta de recomendación que traía al rico mercader Diego de Solarte, quien le recibió en su casa con agrado y afabilidad. A los pocos días la instaló en su tienda, señalándole un sueldo de 600 pesos anuales.

Vivían con Solarte dos cuñadas suyas, doncellas, con las cuales, pero principalmente con una, Catalina solía jugar y triscar, y quizá algo más con la preferida, a la cual hablaría de amoríos. Estando un día en el estrado con ésta que peinándola la tenía acostada en sus faldas, Catalina *le andaba en las piernas*, y en esta actitud y ocupación les vio Solarte desde una reja, y aun alcanzó a oír que la doncella le decía se fuese al Potosí, buscarse dineros y se casasen.

Incontinenti de lo relatado, llamó Solarte a Catalina, le pidió cuentas y la despidió de su casa y servicio. Sin elementos pecuniarios ni apoyo alguno le encontró este acontecimiento, y como a la sazón se estuviesen levantando seis compañías de soldados para Chile, sentó plaza de soldado en una de ellas, recibiendo 280 pesos de enganche. Solarte sintió mucho aquello, y le dijo lo acontecido no era para tanto, y que haría diligencias para que los oficiales le borrasen y reintegraría el dinero recibido. Catalina no convino en ello, diciendo *era su intención andar y ver mundo*.

Alistada como soldado en la compañía del capitán Gonzalo Rodríguez, partió de Lima para la Concepción, después de haber vivido 9 meses en aquélla.

Llegó la expedición al puerto de Concepción al cabo de 20 días, y fue recibida bien a causa de que en Chile faltaba gente.

Desembarcaron con orden del gobernador Alonso de Ribera que llevó su secretario, el capitán Miguel de Erauso. "Luego que oí su nombre me alegré, y vi que era mi hermano: porque aunque no le conocía ni había visto, porque partió de San Sebastián para estas partes siendo yo de dos años, tenía noticia de él, si no de su residencia."

Hizo Erauso la lista de la gente, investigando nombre y patria, y llegando a ella al oír su nombre Alonso Díaz Ramírez de Guzmán, y patria, dejó la pluma y la abrazó, preguntándole si conocía a sus padres, hermanas y a su hermanita Catalina, *la monja*, de todo lo cual dio ella razón como pudo, *sin inmutarse* ni descubrirse. Terminada la revista, la llevó su hermano a su casa, y comió allí. Le dijo él entonces que Paicaibi era mal sitio para los soldados y que haría porque le cambiaran plaza. Poco tiempo después de esta conversación subió Erauso a ver al gobernador llevando al recluta; dio cuenta de la comisión y pidió el cambio de éste. Ordenó el gobernador que entrase Catalina y después de verla dijo no se podía cambiar. El hermano lo sintió y se despidió. Al cabo de un rato llamó el gobernador a Erauso y accedió a su petición.

Incorporada a la compañía de Erauso quedó como su soldado, viviendo y comiendo en su mesa, casi 3 años, sin haberla éste reconocido.

Fue con él algunas veces acompañándole a la casa de una mujer que Erauso tenía, y algunas otras iba ella sola y *de su voluntad*. Lo supo aquél y disgustándose por ello se lo reclamó y prohibió. Catalina no hizo caso de ello y repitió las visitas, en una de las cuales su hermano la encontró y arremetió contra ella a cintarazos, hiriéndola en una mano. Se defendió ésta y al ruido de la pelea acudió el capitán Francisco de Aillon e hizo la paz. Temerosa de la energía del gobernador tomó asilo Catalina en San Francisco, y por más que en su favor intercediera Erauso solamente alcanzó que se le desterrase, por castigo, al puerto de Pacaibi. En este lugar, donde permaneció por 3 años, se vivía en continua alarma y peleando casi a diario con los indios, hasta que para regularizar aquella situación se presentó el gobernador Alonso de Sarabia con más de 5,000 infantes que con toda incomodidad acampó en los llanos de Valdivia. Los indios tomaron y destruyeron la ciudad de Valdivia, por lo cual los del campamento salieron contra ellos, varias veces, haciéndoles no poco daño. En la última de estas veces fueron socorridos los indios por los suyos y los españoles tuvieron una derrota, perdiendo muchos soldados, capitanes y al alférez, a quien le quitaron los indios la bandera. "Viéndola llevar partimos tras ella yo y dos soldados de a caballo, por medio de gran multitud, atropellando y matando y recibiendo daño: en breve cayó muerto uno de los tres: proseguimos los dos: llegamos a la bandera, cayó de un bote de lanza mi compañero: yo recibí un mal golpe en una pierna, maté al cacique que la llevaba y quitésela . . ."

Obtenido este triunfo apretó con su caballo atropellando, hiriendo y matando no pocos indios, mas de aquella hazaña sacó un golpe grave en una pierna, tres flechazos y una lanzada en el hombro izquierdo. Logró llegar hasta sus compañeros con la bandera en la mano y caer desfallecida entre ellos. Acudieron luego en su auxilio, contándose entre éstos su hermano. Nueve meses tardó su curación y restablecimiento, al cabo de los cuales se encontró enteramente sana, volviendo al servicio con el grado de Alférez en la compañía de Alonso Moreno. Su hermano obtuvo del gobernador aquella recompensa.

Cinco años tuvo el grado de alférez y así concurrió a la célebre batalla de Puren en la cual los indios, capitaneados por Caupolicán, segundo de este nombre, dieron bastante que hacer a los conquistadores. Catalina dio entonces pruebas de grande arrojo y valentía y en uno de tantos encuentros se vio frente a frente de Francisco Quispiguancha, indio converso y renegado, al cual derribó de su caballo, lo venció y colgó de un árbol. Esta hazaña que merecía un premio, disgustó mucho al gobernador que debía haberla galardonado dándole el mando de la compañía a Catalina, mas no fue así y se la dio al capitán Casadevante. Varias heridas de flecha tuvo Catalina en estos encuentros del Puren y de las que curó fácilmente.

Restituídas las compañías a sus presidios le tocó a ella ir con la suya al de Nacimiento, el peor de todos, y en el cual había que estar de día y de no-

che con las armas en la mano. De este lugar pasó a las órdenes de Alvaro Núñez de Pineda otra vez al valle de Puren donde continuó en constantes peleas con los indios. Al cabo de seis meses el gobernador Rivera le permitió volverse a la Concepción, incorporada en la compañía de Francisco Navarrete.

Permaneció allí algún tiempo y en el transcurso del mismo, estando en el cuerpo de guardia, se marchó con otro alférez su amigo a una cercana casa de juego, pues esta pasión por el mismo se había desarrollado fuertemente en Catalina. En el calor del juego, su compañero a causa de ciertas diferencias en las suertes, dijo a Catalina, en presencia de todos los concurrentes, *que mentía como un cornudo*. Esta por toda contestación sacó su espada y *lo traspasó* por el pecho. Formóse un gran tumulto; vino más gente y un ayudante la asió fuertemente. Llegó luego el auditor Francisco de Párraga quien también echó mano a ella y maltratándola le hacía algunas preguntas y Catalina, pugnando por desasirse de entrambos decía "que delante del gobernador declarararía". Acudió a la sazón su hermano y le dijo en vascence que procurase salvar la vida. El auditor la tenía asida por el cuello de la ropilla y ella que tenía empuñada una daga, le decía que la soltase. En vez de ejecutarlo la maltrataba. Impacientada Catalina le tiró una puñalada atravesándole a Párraga ambos carrillos y ni así la soltó: le tiró otra y entonces logró desprenderse. Sacó ésta entonces su espada, y aunque cargaron muchos contra ella, se abrió paso, salió a la calle y tomó asilo en la cercana iglesia de San Francisco.

De resultas de aquella trifulca quedaron muertos el alférez y el auditor.

Este nuevo escándalo y crimen de Catalina indignó sobremanera al gobernador Alonso García Remón quien ordenó que la iglesia fuese cercada por soldados y publicó un bando prometiendo un premio para quien tomase preso al delincuente, ordenando además que en ningún puerto se le facilitase embarque ni asilo en presidios y plazas, de las de su jurisdicción. Seis meses duró la vigilancia estrecha que al final se relajó y Catalina pudo recibir visitas y aún salir de cuando en cuando por la noche.

En ese tiempo fue a verla un día un su amigo, D. Juan de Silva, comunicándole que había tenido una reyerta con D. Francisco de Roxas, caballero del hábito de Santiago y lo había desafiado para la noche de ese día a las 11, a lo que acudiría con un amigo; mas como no tuviese otro que Catalina la invitaba a acompañarle y servirle de testigo:

"Yo me quedé un poco suspenso recelando si habría allí forjada alguna treta para prenderme." Lo advirtió el amigo y le dijo: "si no os parece, no sea; yo me iré solo, que a otro no he de fiar mi lado." La contestación fue aceptar desde luego. Dado el toque de las oraciones de la noche, salió Catalina del convento y se fue a casa de Silva, en donde cenó con él, platicó hasta las 10, hora en que tomaron sus espadas y capas dirigiéndose al sitio señalado. La obscuridad era tal, que para no desconocerse en lo que se ofreciera, se pusieron ambos una señal en el brazo. Al llegar los dos se dieron a conocer y al momento comenzó el duelo. Los padrinos permane-

cieron en observación, mas habiendo notado Catalina que Silva flaqueaba, se puso a su lado y lo mismo hizo el otro padrino, entablándose entre ellos nueva pelea. A poco cayeron heridos los desafiados y continuaron el duelo los padrinos hasta que Catalina dio una estocada a su contrario, en la tetilla izquierda, *pasándolo de parte a parte*. Al caer éste en tierra le dijo: "¡Ah traidor, que me has muerto!" Catalina quiso reconocer su voz y acercándosele le preguntó su nombre; soy el capitán Miguel de Brauso, le dijo. *¡Era su hermano y su protector!* "Yo quedé atónita", dice ella, mas como pedía Brauso a gritos confesión corrió a S. Francisco enviando unos monjes que auxiliasen a los tres heridos. Dos de ellos murieron allí mismo y su hermano alcanzó a ser transportado a casa del gobernador. Por más cuidados que se le impartieron nada se consiguió, y como pidiese un poco de vino y el Dr. Robledo que le asistía se lo negase, le dijo Brauso: "más cruel anda V. conmigo que el alférez Díaz" y a poco rato después expiró. Así se supo el nombre del homicida.

Indignado en grado sumo el gobernador cercó el convento y se introdujo al mismo con sus guardias, mas los frailes, celosos de la inmunidad de su casa, se le opusieron al gobernador al grado de decirle que si se atrevía a continuar adelante, no había de volver a salir, y ésto contuvo al gobernador quien sin embargo rodeó de guardias el convento.

"Muerto el dicho capitán Miguel de Brauso, lo enterraron en el dicho convento de San Francisco, *viéndolo yo desde el coro*, isabe Dios con qué dolor!" Así se expresa ella, la vez única en que se sabe mostró algún sentimiento de humanidad.

Ocho meses permaneció asilada al cabo de los cuales halló un protector en la persona de D. Juan Ponce de León, el cual le dio caballo y armas con más algo en dinero. Pudo así abandonar Concepción dirigiéndose a Valdivia y Tucumán.

Parte de la Concepción a Tucumán y Potosí y su estancia en esos lugares.

Penoso fue el camino de Catalina, de Concepción a Tucumán, pues habiendo tomado por la costa del mar, pasó grandes trabajos y falta de agua potable. En su caminata encontró dos soldados fugitivos y juntos continuaron caminando. Bien provistos de caballos, armas blancas y de fuego, bien municionadas, treparon la cordillera en más de 30 leguas sin encontrar algún lugar en donde proveerse de alimentos y sólo una que otra vez agua.

Comían frutos, yerbas, animales y apenas veían alguna vez, indios que huían.

Mataron uno de los caballos para alimentarse sin aprovechar otra cosa que la piel y los huesos, pues adolecían de la misma inopia que ellos. Hicieron lo mismo con los dos restantes, quedándose a pie y casi sin poder andar.

Llegaron así a una región tan fría que casi se helaban; allí encontraron

a dos hombres arrimados a una peña, lo cual les dio mucho gusto. Se apresuraron a ir hacia ellos saludándoles a distancia, mas al ver que no obtenían respuesta les abordaron, encontrándolos muertos, "helados, las bocas abiertas como riendo, y *causónos pavor*."

Pasaron adelante y en la tercera noche de esa caminata uno de los compañeros no pudo más, y expiró. Continuaron los dos su marcha, mas al día siguiente, por la tarde, el otro compañero llorando se dejó caer en tierra y murió. Quedó sola Catalina teniendo por todo recurso su arcabuz y un pedazo de tasajo; aflijida, cansada, descalza y con los pies muy lastimados. "Arriméme a un árbol, dice, *lloré*, y pienso fue la primera vez: *rezé el rosario*, encomendándome a la Santísima Virgen, y al glorioso San José su esposo: *descansé un poco*: volvíme a levantar y a caminar, y parece salí del reino de Chile, y entré en el de Tucumán, según el temple reconocí."

Continuó su camino teniendo la fortuna de que a la mañana siguiente, rendida de hambre y cansancio, vio venir dos hombres a caballo, sin saber si serían a ella favorables o adversos. Preparó el arcabuz, con el cual apenas podía, resuelta a todo. Afortunadamente eran unos campesinos que llegándose a ella le preguntaron a donde iba en aquella triste facha. Catalina les contestó que se había extraviado en el camino y que no sabía en donde se hallaba, estando cansada, sin fuerzas y casi muerta de hambre.

Condolidos de su estado le dieron de comer, la subieron a un caballo y la llevaron a una hacienda distante tres leguas de aquel lugar, y de la cual ellos eran empleados.

La dueña de aquella estancia era una señora mestiza, viuda y de buen corazón quien al verla en tan lastimoso estado se conmovió mucho, y desde luego la hizo acostarse en una buena cama, le dio de cenar y procuró reposarse y durmiese lo más que pudiera.

A la mañana siguiente le dio un confortable almuerzo y un buen vestido de paño, siguiendo en tratarla con todo regalo. Ésta mujer tenía una cuantiosa hacienda en ganadería y por toda compañía una hija.

Pasada una semana le propuso su protectora quedarse con ella, para administrar sus bienes, lo que Catalina aceptó ofreciéndole servirle en todo. A poco tiempo le dio a entender que le sería agradable que se casase con su hija, "la cual era muy negra y fea como un diablo, *muy contraria a mi gusto que fue siempre de buenas caras*."

Catalina no obstante lo que acerca del particular sentía manifestó grande alegría, dio las gracias y dijo quedaba obediente a todo lo que su favorecedora dispusiese.

En esta inteligencia pasaron dos meses, al cabo de los cuales partieron a Tucumán para celebrar el concertado enlace. Pudo demorarlos otros dos meses y en el transcurso de ellos le acaeció otra aventura no menos comprometida.

Trabó amistad con el secretario del obispo de Tucumán y éste le presentó a varios personajes de ese lugar, entre ellos a D. Antonio de Cervantes, canónigo de aquella catedral. Éste le agasajó mucho invitándole varias veces a comer, a su casa, acabando por declararle que tenía una sobrina de bellas

prendas y con dote competente, la cual quería se casase con él, y ella también estaba de acuerdo. Dio gracias por el favor y honra y se mostró rendida a la voluntad de ambos: "...vide a la moza, y parecióme bien, y enviéme un vestido de terciopelo bueno, y doce camisas, seis pares de calzones de ruan, unos cuellos de hollandia, una docena de lenzuolos, y doscientos pesos en una fuente, y, esto de regalo y galantería, no entendiéndose dote."

Dio las gracias lo mejor que pudo; ocultó a la india lo que aquello significaba, dándole a entender eran obsequios para solemnizar el casamiento con su hija que él había propalado entre sus amistades "y hasta aquí llegaba esto cuando monté el cabo, y me desaparecí: y no he sabido como se hubieron después la negra, y la provisora."

Hizo su larga caminata para el Potosí durante 3 meses, casi en despoblado, teniendo la fortuna de encontrar un soldado que iba con igual fin. Hicieron juntos el viaje y en una parte del camino sufrieron el asalto de tres foragidos con quienes pelearon y los vencieron.

Ya en Potosí, cada cual tomó su camino por su lado y Catalina logró entrar al servicio de Juan López de Aguijo, como su mayordomo, ganando 900 pesos de sueldo anuales. Le entregó su amo desde luego 12,000 llamas y 80 indios y con ellos y su patrón partieron para Charcas. Allí tuvo éste grandes disgustos, prisión y embargos por lo cual Catalina dejó su servicio.

Regresó luego a Potosí a la sazón que ocurría el alzamiento de Alonso Ibáñez por lo que el corregidor Rafael Ortiz levantó gente y entre ella sentó plaza Catalina. Combatió contra los alzados que fueron vencidos y continuó prestando sus servicios como soldado, en una de las tres compañías que se crearon para resguardar la ciudad. Después obtuvo el oficio de ayudante del Sargento Mayor, cargo que desempeñó dos años.

En este servicio se encontraba, cuando el gobernador Pedro de Leguía levantó gente para ir contra los Chuncos y el Dorado. Formó parte de esta expedición Catalina y salió del Potosí.

Del Potosí a los Chuncos y la Plata.

Partió la expedición tocando de paso varios pueblos y haciendo estragos en los infelices indios; en uno de ellos fue tal, que al decir de Catalina "corría por la plaza abajo un arroyo de sangre como un río". Pasaron el río Dorado y allí se desorganizaron, tomando cada cual a donde le convino. Catalina se fue a Santiago y de allí a la provincia de Charcas, pasando después a la Plata, en donde encontró trabajo con el capitán Francisco de Aganumen, minero rico. Pocos días le sirvió, a causa de un disgusto que tuvo con otro de los domésticos.

En tanto que hallaba acomodo se acogió a la protección de una viuda rica y principal, llamada Doña Catarina de Chávez. Así permanecía cuando sucedió "que el Jueves Santo yendo a las estaciones esta señora, se topó

“ en S. Francisco con Doña Francisca Marmolejo, mujer de Don Pedro de Andrade, sobrino del Conde de Lemos, y sobre lugares, se trabaron de palabras, y pasó Doña Francisca a darle a Doña Catarina con un chapín, levantándose aquí un ruido y agolpamiento de gentes. Fuese Doña Catarina a su casa, y allí acudieron parientes y conocidos, y se trató ferozmente el caso. La otra señora se quedó en la iglesia con el mismo concierto de los suyos sin atreverse a salir, hasta que vino D. Pedro su marido, ya entrada la noche acompañado del corregidor, alcaldes ordinarios y ministros para llevarla a su casa. ” Llegando esta comitiva a la plaza se oyeron ruidos de cuchilladas y entonces el corregidor y sus ministros acudieron a ello, quedando sola la señora con su marido.

En estas circunstancias pasó corriendo un indio junto a Doña Francisca, el cual le tiró un golpe a la cara, con un cuchillo; se la cortó, y siguió su carrera. Por de pronto nadie se dio cuenta de aquello, mas conocido se formó un alboroto, confusión, ruido y se tomaron presos a varios. El autor del atentado, consumado éste, fue a la casa de Doña Catarina y le dijo: “ ya está hecho ”. Siguió la investigación de la justicia y a los tres días de lo acontecido se presentó el corregidor en la casa de Doña Catarina y le interrogó acerca de quién había herido a doña Francisca. Contestó aquella que “ una navaja y esta mano ”, presentando la suya. Siguieron las pesquisas: tomaron preso a un indio, por sospechas, le amenazaron con ponerle al potro, y éste aterrorizado declaró que había visto salir a Catalina vestido de indio y disfrazado con una cabellera, y que la navaja la proporcionó el barbero Francisco Ciguren; que me vio volver y oyó decía: “ ya está hecho ”. Incontinenti prendieron a Catalina y al barbero, al cual, al cabo de días le dieron tormento y declaró cuanto le preguntaron. Siguió el alcalde con Catalina la cual negó todo. Entonces éste *la mandó desnudar* y tender en el potro, no obstante las protestas de varios; comenzó el tormento y *yo estuve firme como un roble*, dice ella. En estas circunstancias llegó un recado de Doña Catarina de Cháves para el alcalde, y después de leerlo éste, ordenó cesase el tormento. Volvió Catalina a la prisión, continuó el proceso en el cual salió condenada en diez años de presidio en Chile y sin sueldo. Apeló de la sentencia hasta que un día se ordenó quedase libre.

Por comentario final escribe Catalina estas enigmáticas palabras: “ que estos milagros suelen acontecer en estos conflictos, y más en Indias, gracias a la *bella industria*. ”

¿La industria de *cortar caras* o la industria de las *bellas*?

No pudo por entonces permanecer más en la Plata y resolvió irse a las Charcas.

Su permanencia en Charcas, Piscobamba y regreso a la Plata.

Habiendo salido con vida de esta aventura, Catalina no quiso permanecer más en la Plata, pasándose luego a Charcas en donde volvió a encon-

trar a su antiguo patrón Juan López de Arguijo, quien le volvió a confiar 10,000 llamas y ciento y tantos indios. Dióle también dinero, compró trigo, lo convirtió en harina y la fue a vender al Potosí, obteniendo pingües ganancias. Volvió a su amo y siguió en este negocio.

Estando en Charcas, un domingo, no encontrando en que ocuparse, se fue a la casa de D. Antonio Calderón, sobrino del Obispo y se pusieron a jugar. "Estaba allí el provisor, el arcediano y un mercader de Sevilla, allí casado: sentéme a jugar con el mercader, fue corriendo el juego, y a una mano dijo el mercader, que estaba ya picado, *envido*: dije yo: *¿qué envida?*" Volvió a decir: *envido*: volvióle a decir *¿qué envida?*" Dijo entonces con un doblón un golpe sobre la mesa diciendo: *envido un cuerno*. Contestó Catalina inmediatamente: *quiero, y reviro el otro que le queda*.

Por toda respuesta tiró el mercader la baraja y sacó su daga, acto en que su contraria le imitó. Intervinieron los presentes y todo se calmó. Ya bien entrada la noche salió Catalina rumbo a su casa, y al volver una esquina se encontró con el mercader de la pendencia quien le esperaba con espada en mano. Sacó la suya ésta y se trabó la riña. A poco de comenzada "*le entró una punta, y cayó*". Acudió la Justicia, quiso prender a Catalina, mas ella, como de costumbre buscó asilo en la iglesia mayor, donde permaneció unos días, al cabo de los cuales su amo Arguijo la sacó y puso en camino rumbo a Piscobamba.

En esta población se arrimó a su amigo Juan Torizo y allí estuvo unos días. En el transcurso de ellos, una noche se pusieron a jugar con otros amigos. Ésta jugó con el portugués Fernando de Acosta, "que paraba lar-go: paró una mano a catorce pesos cada pinta". Jugó Catalina 16 pintas con Acosta, quien al verlas se golpeó la cara diciendo: ¡Válgame la encarnación del Diablo! Le dijo ella, entonces: ¿hasta agora que ha perdido usted, para desatinarse? Alargó éste sus manos hasta casi tocar la cara de Catalina, y dijo: "he perdido los cuernos de mi padre". Tiró ésta por contestación la baraja a la cara del otro y sacó la espada; él lo hizo también con la suya, mas intervinieron los presentes, los calmaron, pagó Acosta, y todos con buen humor, comentaron el caso.

Al cabo de tres noches de lo acontecido, yendo Catalina para su casa, como a las 11 de la noche, vio a un hombre parado en una esquina; terció su capa, sacó la espada y siguió adelante.

En llegando junto a ese individuo éste se arrojó sobre ella insultándola; conoció la voz de su compañero de juego, lo esperó y repelió la agresión, "*y entréle una punta y cayó muerto*".

Pensando que nadie había visto ni oído aquel lance, se fue a la casa de su amigo Torizo de Zaragoza, sin referirle nada y se *acostó tranquilamente* a dormir.

A la siguiente mañana llegó el Corregidor, la puso en la cárcel y comenzó el proceso. Negó tenazmente Catalina; vinieron las pruebas y con ellas testigos desconocidos. Se la sentenció a muerte; apeló y no obstante se ordenó la ejecución. "Halléme aflijido: entró un fraile a confesarme: yo me resistí:

“ él porfó: yo fuerte: fueron lloviendo frailes *que me hundían*: yo hecho un
 “ Lutero: vistiéronme un hábito de tafetán, subiéronme en un caballo, porque
 “ el Corregidor se resolvió respondiendo a los frailes que le instaban, que si
 “ yo quería irme al infierno eso a él no le tocaba.”

La sacaron de la cárcel y por calles excusadas la llevaron temiendo los frailes la arrebataran.

“ Llegué a la horca, *dice*, quitáronme los frailes el juicio a gritos y a rempujones: hiciéronme subir cuatro escalones, el que más me aflijía era un dominico, fray Andrés de S. Pablo: echáronme el volatín que es el cordel delgado con que ahorcan, el cual el verdugo no me ponía bien y le dije: *borracho, pónmelo bien o quítamelo*, pues que estos padres bastan.”

En estos preciosos y angustiados momentos llegó un correo de la Plata con instrucciones del presidente de la Audiencia que ordenaba se suspendiese la ejecución y se remitiera al preso, con los autos, a la Real Audiencia. Aconteció que los testigos que en el proceso de Catalina depusieron en su contra eran unos criminales que cayeron en poder de la Justicia y fueron condenados a la horca. Estando al pie de ella confesaron habían mentido en el proceso contra Catalina, inducidos y pagados por otros. Un su paisano, Mendiola, aprovechó todo aquello en su favor, y aun fue quien oportunamente envió la orden de suspensión de la fatal sentencia.

Revisado el proceso nada dió en contra de Catalina, y ésta fue puesta en libertad a los 24 días de estar en la Plata, de donde se marchó a poco, rumbo a Cochabamba.

Llegó a esta ciudad a donde fue para liquidar una cuenta pendiente de López de Arguijo contra Pedro de Chavarría. La fenecieron y recibió Catalina un mil pesos a favor de Arguijo. Fue huésped de Chavarría dos días, y al despedirse, la mujer de éste, Doña María Dávalos, le recomendó visitase en su nombre a su madre Doña María de Ulloa, monja a la sazón, en la Plata.

Salió de la casa en la mañana, pero no emprendió su viaje sino hasta por la tarde, pasando otra vez por frente a la casa de Chavarría. Al hacerlo notó gran alboroto en ella y mucha gente parada en el zaguán. En esto salió Doña María por el balcón, y viendo a Catalina, le dijo: “ señor Capitán, lléveme V. consigo, que quiere matarme mi marido”; y diciendo y haciendo se arrojó del balcón a abajo. Llegaron en seguida dos frailes, y le dijeron: “ llévela V. que la halló su marido con D. Antonio Calderón, sobrino del Obispo y lo ha muerto y a ella la quiere matar y la tiene encerrada”. Inmediatamente se la pusieron en las ancas de la mula y partieron.

A las 12 de la noche llegaron a orillas del río de la Plata que iba muy crecido y no podían encontrar vado. La mujer le decía “ adelante, pasar urje, no hay remedio, Dios ayude.” Tanteó Catalina, y al fin se resolvió entrar al río. Pasaron sin novedad, llegando a la venta con gran asombro del dueño, donde comieron y durmieron. Secaron sus vestidos y volvieron a partir. Casi a 5 leguas de la Plata vio Doña María a su marido a retaguardia, y es que al salir de Cochabamba les reconoció un criado de Chavarría y dijo a su amo el camino que tomaron. Al acercárseles les disparó su escopeta

y no hizo blanco. Dieron fuerte a la mula los fugitivos y el caballo del perseguidor no pudo seguir adelante.

Llegaron a la Plata y al punto se dirigieron al convento de S. Agustín, en donde quedó Doña María.

Volvía Catalina a tomar su mula cuando se encontró con Chavarría, espada en mano y sin más razones se fue sobre ella. Ésta, causada y sorprendida, procuró defenderse; no obstante ello y su pericia le alcanzó con dos puntas en el pecho. "sin haberlo yo herido *que debía ser diestro*," dice ella. Catalina entonces atacó en toda forma y llevó a su contrario hasta el altar mayor, pues esta escena se desarrolló dentro de la iglesia del convento de S. Agustín; "tiróme allí un golpe a la cabeza, reparélo con la daga y entréle un "palmo de espada por las costillas."

Atraída multitud de gente y la justicia por aquel escándalo, se trató de poner presos a ambos, mas dos frailes franciscanos, ayudados de un cuñado de López de Arguijo, pasaron a Catalina a su convento, en donde permaneció retirada y curándose 5 meses. Siguió el proceso, se aclararon las cosas y viendo no había lugar a nada, Chavarría se hizo fraile y su mujer monja, y nuestro Alférez quedó libre.

7º

De Picosamba a Cuzco.

Doña María de Ulloa agenció a Catalina, del Presidente de la Audiencia de la Plata, una comisión para Picosamba y llanos de Mizqui, a fin de averiguar y castigar ciertos delitos contra la vida y hacienda de los indios de esos lugares.

Constituída en juez pesquisidor nuestra biografiada hizo a maravillas su oficio, hasta mandar ahorcar al responsable. Volvió a la Paz, dio cuenta de su comisión y siguió viviendo allí. Un día de tantos trabó conversación con un criado de Antonio Baraza, y por palabras baladíes se disgustaron, acabando Catalina *por maltar* con su daga al criado. Vino la justicia, le echó mano, acumuló cargos y fue condenada a muerte, no obstante apelación.

"Estuve dos días confesando: el siguiente se dijo misa en la cárcel, y "el santo clérigo, habiendo consumido, volvió y me comulgó, y volvióse a "su altar: yo al punto volví la forma que tenía en la boca, y recibíla en la "palma de la mano derecha, dando voces; *iglesia me llamo, iglesia me llamo*. "Alborotóse todo, y escandalizóse, diciéndome todos hereje. Volvió el sacerdote al ruido, y mandó que nadie llegase a mí. Acabó su misa, y en esto "entró el Señor Obispo Don fray Domingo de Valderrama, dominico, con el "gobernador: juntáronse clérigos y mucha gente: encendiéronse luces: tra- "jeron palio y lleváronme en procesión: llegados al sagrario, todos arrodil- "lados, me cogió un clérigo revestido la forma de la mano, y la entró en el "sagrario." Le rasparon después la mano, se la lavaron varias veces y se la enjugaron. Salieron de la iglesia el gobernador y la gente y quedó allí Ca-

talina asilada, dejando el gobernador vigilada y cercada la iglesia por casi un mes.

Este sacrilego recurso se lo aconsejó un fraile franciscano que la estuvo confesando en la cárcel.

Pasó el tiempo; aflojó su vigilancia el gobernador, y entonces el Obispo, valiéndose de uno de sus clérigos, le dio una mula y dinero, y partió para Cuzco.

En esta ciudad tuvo nueva aventura, y fue que una noche mataron al corregidor D. Luis de Godoy, y como no pudiesen luego descubrir al asesino sospecharon de Catalina, *por mal opinado*. Al cabo de cinco meses se supo que el matador fue un tal Carranza, y la pusieron en libertad.

Parte a Lima, combate contra los holandeses y regresa a la misma ciudad.

Llegó a Lima en los momentos en que una escuadra holandesa batía el Callao de Lima, y para su defensa se alistó entre los que iban en la Almiranta. Los holandeses cargaron sus fuerzas contra esta embarcación y la echaron a pique, salvándose de su gente solamente Catalina, un franciscano y un soldado, quedando prisioneros.

Después de veinte días, los piratas los abandonaron en la costa de Paita, de donde los transportó a Lima un hombre compasivo.

En Lima vivió 7 meses como pudo, y hasta llegó a comprar un buen caballo queriendo salir de Cuzco. Tratando de ello, un buen día la llevaron unos alguaciles ante el alcalde, pues dos soldados le acusaban de robo de aquel animal. Confusa Catalina, *no halló que responder de pronto*, mas luego se le ocurrió este subterfugio. Tapó la cabeza del caballo, y dijo al gobernador que para probar la propiedad de la bestia, preguntase a los soldados de cuál ojo estaba tuerto el caballo.

Lo hizo así, y uno dijo que del izquierdo; el otro vaciló y dijo que del derecho y luego que del izquierdo, afirmando finalmente, dijo que del izquierdo. Destapó entonces Catalina la cabeza del caballo, y se vio que no era tuerto.

El alcalde la dejó en libertad y mandó a los soldados a la cárcel, partiendo ella rumbo a Cuzco.

Llega a Cuzco; su aventura con el nuevo Cid; descubre sub-sigilo confetionis su sexo; pasa a Guamanga, nueva aventura y confiesa su sexo al Obispo.

Ya en Cuzco Catalina fuese a hospedar a la casa del tesorero López de Alcedo, en donde permaneció quieta por algunos días, al cabo de los cuales su pasión dominante, el juego, la hizo ir a la casa de un su amigo.

En aquel tiempo privaba en esa ciudad un aventurero de mal vivir, audaz, valiente y gran espadachín, al cual todos temían y le llamaban *el nuevo Cid*.

Jugaba Catalina cuando éste se le acercó, y al ver que ganaba y recogía su dinero, metió a él la mano y tomó lo que quiso. Calló Catalina y continuó jugando y ganando. Volvió por segunda vez el Cid e hizo lo que en la anterior, quedándose tras del asiento de ésta.

Previno entonces su daga Catalina y siguió el juego; por tercera vez trató de sacar el Cid más dinero, pero no fue él tan vivo en intentarlo cuanto en clavarle Catalina con su daga la mano sobre la mesa. Se armó entonces una gresca espantosa; Catalina sacó tres heridas, pero pudo salir a la calle, que de no ser así "me hacen pedazos", escribe ella. Se entabló entonces una pelea yendo el Cid y cuatro de sus amigos contra la monja. Esta pegó una estocada al Cid que iba resguardado con cotamalla y nada le hizo. Bien apurada resistió, y en su auxilio fueron dos sus paisanos. Así bregaron largo tiempo y trecho hasta llegar frontero al templo de S. Francisco. Aquí con toda felonía dio el Cid a Catalina una puñalada por la espalda y otra en el costado izquierdo, con lo cual ella cayó en tierra. Terminó así la contienda, tomando los otros por su lado cada cual. Pudo rehacerse Catalina, y se levantó, y entonces vio al Cid que desde la puerta de la iglesia contemplaba ufano su obra. Se dirigió hacia él, y éste vino hacia ella, diciéndole: "perro, ¿vives todavía?" y le tiró una estocada, que Catalina paró con la daga. Incontinenti, ella le dirigió otra con tan buen tino "que le entró por la boca del estómago, atravesándolo". Cayeron ambos a tierra, casi sin vida; vino el corregidor, sus ministros y trajeros frailes. El Cid había muerto, y Catalina, casi moribunda, fue transportada a la casa del tesorero.

No quisieron proceder a su curación hasta no haberse ella confesado y administrado. Acudió a esto el padre Fr. Luis Ferrer de Valencia, y como ella se sintiese en verdad morir, *reveló su sexo*. Quedó sorprendido el buen fraile, la animó, la consoló y se procedió a la curación, de resultas de la cual perdió el sentido, permaneciendo así 14 horas, y el padre Ferrer a su lado. "Volví en mí llamando a S. José"; se le asistió y curó con gran empeño y eficacia, al grado que al cabo de 5 días tuvieron esperanza de que se salvara. Una noche la pasaron al convento de S. Francisco, indignándose de ello mucho el gobernador, quien tomó providencias para evitar se fugase.

Al cabo del tiempo, viendo que ella no podía permanecer en Cuzco a causa del encono de los amigos del muerto, resolvió irse a Guamanga, para lo cual el capitán Carranza le dio 1,000 pesos; López de Alcedo 3 mulas y armas; Arzaga 3 esclavos, con más dos sus paisanos que le acompañaron.

Saliendo de Cuzco, y al llegar al puente del Apurímac, se encontró con que la Justicia, asistida por amigos del Cid, la estaban esperando. Quisieron apresarla y ella no lo consintió, trabándose otra nueva pelea. Catalina *mató* al representante de la justicia de un pistoletazo, hirió a otros, y, por final de cuentas, quedaron 3 muertos en el campo y varios heridos.

Pasó el puente; se despidieron de ella sus amigos, siguiendo ésta adelante, hasta llegar a Andahuailas. Aquí se encontró con el corregidor, que

muy amable y atentamente le ofreció su casa y convidó a comer. Receló de esto; no aceptó, y partió.

Llegado que hubo a Guancavélica posó en un mesón y se entretuvo dos días en pasear por la ciudad. En ello acertó a pasar por una plazuela, a la hora que el Dr. Solórzano residenciaba al Gobernador Osorio. Allí le reconoció un alguacil y dio parte al visitador, quien la identificó. Entendió todo Catalina y quiso huir, pero le alcanzaron el alguacil y un negro.

Pasa andando el alguacil por delante "y quítame el sombrero y yo a él, " y llega el negro por detrás y áseme la capa; yo suéltola y saco la espada y " una pistola y embístenme los dos con espada; decerrajo y derribo al alguacil; tírole al negro y en breve *cae de estocadas*: parto y encuentro a un indio que traía de diestro un caballo, que supe después ser del alcalde, quítoselo y monto, y parto de allí a Guamanga, distante 14 leguas."

Después que pasó el río de las Balsas, se sentó Catalina a descansar. Estando así, vio venir tres hombres a caballo, y sospechando de sus intenciones, les preguntó a dónde y a qué se dirigían; uno le contestó: "señor, a prender a Vd." Oído esto, previno sus armas, sacando dos pistolas, y les dijo: "vivo no me aprenderán, solo muerto." Temieron aquéllos, y le dijeron: "hemos sido mandados, pero solamente queremos servirle." Por toda contestación les dejó Catalina en una piedra 3 doblones, y se marchó rumbo a Guamanga.

Llegó a este lugar y luego vendió a un soldado su caballo y se dio a recorrer la ciudad. Al fin y al cabo para matar el tiempo y el fastidio se fue a las casas de juego, único medio también para hacerse de recursos. Un día entró al lugar donde jugaban el corregidor Baltasar de Quiñones, quien reconoció a Catalina, y le dijo se diese por presa; sacó ella la espada, ganó la puerta, y sólo se pudo abrir paso mediante una pistola de tres bocas que sacó a relucir. Se acogió en casa de un paisano suyo, y allí permaneció varios días oculta. Salió una noche y tropezó con una ronda que por sus desatentas contestaciones trató de llevarla a la cárcel.

Resistió ella como siempre; se armó grande escándalo, viniendo el corregidor, que estaba en casa del obispo, y siguió la lucha, en la cual Catalina mató a un negro de un balazo. En lo más fuerte de la riña salió el obispo Fr. Agustín de Carvajal acompañado de su secretario y familiares con cuatro hachas; se metió en medio de todos y pidió a Catalina las armas, contestando ella que no podía darlas, pues quedaría sin defensa. Instaba el obispo, y en estos coloquios vino más gente de justicia y se volvió a trabar la lucha. Los acompañantes del obispo tomaron parte en ella, clamando contra el desacato que se cometía ante su Ilustrísima.

Finalmente tomó el obispo a Catalina de la mano y la introdujo a su palacio; mandó le curasen una pequeña herida que tenía; se le dio de cenar y donde se acostase, encerrándola el obispo, con llave que se llevó consigo, en un aposento.

"A la mañana (siguiente), como a las diez, su ilustrísima me hizo llevar a su presencia, y me preguntó quien era y de dónde, hijo de quien, y

" todo el curso de mi vida, y causas y caminos por donde vine a parar allí;
 " y fue en ésto dezmenuzando tanto, y mezclando buenos consejos, y los
 " riesgos de la vida, y espantos de la muerte y contingencias della, y el asom-
 " bro de la otra si no me cogía bien apercebido, procurándome sosegar y re-
 " ducir a aquietarme, y arrodillarme a Dios, que *yo me puse tamañito*; y des-
 " cúbrome viéndolo tan santo varón, y pareciendo estar yo en la presencia de
 " Dios, y dígole: *señor*, todo ésto que he referido a V. S. ilustrísima no es
 " así, la verdad es ésta: que soy muger: que nací en tal parte, hija de fulano
 " y sutana: que me entraron de tal edad en tal convento, con fulana mi tía:
 " que allí me crié: que tomé el hábito: que tuve noviciado: que estando para
 " profesar, por tal ocasión me salí: que me fuí a tal parte, me desnudé, me
 " vestí, me corté el cabello; partí aquí y acullá, me embarqué, aporté, tra-
 " giné, maté, herí, maleé, correteé, hasta venir a parar en lo presente, y a
 " los piés de su señoría ilustrísima. "

Esta conferencia o confesión se prolongó hasta la 1 del día y en ella el
 santo obispo se estuvo suspenso, escuchando y sin hablar palabra; después
 que Catalina calló, siguió silencioso y sólo llorando a lágrima viva. Sin de-
 cir palabra, mandó a Catalina a comer, y después la encerraron a dormir la
 siesta. A las 4 de la tarde la llamó el Obispo y le hizo una amorosa exhor-
 tación, llamándola al buen camino. Después la mandó a cenar y a acostarse.

Al día siguiente por la mañana dijo misa el obispo, la cual oyó Catalina
 y le acompañó en el desayuno.

Continuó el santo varón sus amonestaciones, concluyendo con decirle
 ser su caso el más notable que en su clase había oído en su vida, volviéndole
 a preguntar si realmente ello era la verdad. Ratificó Catalina su confidencia
 y entonces el obispo le dijo: " no se espante que inquiete la credulidad su
 " rareza. " Dijo, " señor, es así: y si quiere salir de duda V. S. ilustrísima,
 " por experiencia de matronas, yo llana estoy. " Respondió el obispo que
 estaba en ello conforme y le sería grato se lo certificasen. Fuese a comer
 " Catalina y " a la tarde, como a las cuatro, entraron dos matronas y *me*
 " *miraron* y se satisficieron, y declararon después ante el obispo con jura-
 " mento, haberme visto y reconocido cuanto fué menester para certificarse y
 " *haberme hallado virgen intacta*, como el día en que nací. "

" Su ilustrísima se enterneció y despidió a las comadres, y me hizo com-
 " parecer, y delante del capellán y en pié, me abrazó enternecido, y me
 " dijo: " hija ahora creo sin duda lo que me dijisteis, y creeré en adelante
 " cuanto me dijereis; y os venero como una de las personas notables de este
 " mundo, y os prometo asistiros en cuanto pueda y cuidar de vuestra conve-
 " niencia y del servicio de Dios. "

A consecuencia de ello mandó prepararle decentemente un cuarto, oyó
 su confesión, le dio la comunión, y así permaneció Catalina varios días en
 la casa del obispo.

El caso se divulgó en la ciudad, quizá por las comadres, siendo mucha
 la gente que a diario iba a palacio sólo por verla, lo cual mortificaba mucho a
 Catalina y apenaba al buen obispo.

Al cabo de seis días, dispuso su Ilustrísima fuese ella al convento de Santa Clara; le puso hábito y personalmente la condujo en medio de una multitud que pugnaba por verla. Las monjas la esperaban todas reunidas y con velas encendidas en las manos. En la portería la entregó a la abadesa y ancianas, mediante una escritura que ellas firmaron y en la cual se comprometían a entregar a Catalina, siempre que S. I. la pidiera o su sucesor.

Lleváronla las monjas en procesión al coro, en donde dio la obediencia a la Abadesa y abrazó a todas y cada una de las monjas. La llevaron después al locutorio donde la esperaba el señor Obispo, quien le reiteró sus amonestaciones y consejos prometiéndole ir a verla frecuentemente, como lo efectuó.

Todo esto acaeció el año 1620, en el cual también murió el Ilmo. Sr. Carvajal, "santo obispo que me hizo gran falta", escribe Catalina.

Según el cómputo de la autobiografía, tenía ésta entonces 35 años, y conforme a la fe de bautismo, 28, o sea una diferencia de 7 años.

La noticia de lo acontecido se propagó por todos los lugares en que Catalina había vivido y aun pasó a todas las Indias españolas, provocando general admiración.

10º

Pasa Catalina de Guamanga a Lima; sus nuevas aventuras hasta embarcarse para España.

Por fallecimiento del Ilmo. Fr. Agustín de Carvajal, dispuso el arzobispo de Lima, D. Bartolomé Lobo Guerrero, pasase a su ciudad episcopal Catalina, el año 1607. Con gran sentimiento la dejaron partir las monjas de Santa Clara de Guamanga, acompañada por seis clérigos, cuatro frailes y seis soldados, yendo ella en una litera.

A su ingreso a la ciudad de Lima, fue inmensa la multitud que la aguardaba. Apeóse en el palacio episcopal, en donde la recibió S. I., quien la regaló y agasajó mucho. Al siguiente día la llevó a visitar al Virrey D. Francisco de Borja, conde de Mayalde y Príncipe de Esquilache. Durmió la noche de este día en el palacio episcopal y al subsecuente día le dijo el Obispo eligiese el convento en el cual quisiese ella vivir. Pidió ésta verlos todos, y así se le concedió, permaneciendo 5 días en cada uno, hasta que se decidió por el de la Santísima Trinidad, de religiosas Bernardas.

Permaneció allí 2 años y 5 meses hasta que vino de España la información de no haber sido allá monja profesa, y por ello se le permitió dejar el convento e ir a España.

Partió luego a Guamanga para despedirse de las monjas de Santa Clara, de allí a Bogotá, en donde quiso retenerla el Obispo D. Julián de Cortazar y ponerla en el convento de dominicas: "yo le dije que no tenía yo orden ni religión, y que trataba de volverme a mi patria, donde haría lo que pareciese más conveniente para mi salvación; y con ésto y con un buen regalo que me hizo, me despedí."

Hizo su viaje por el río Magdalena hasta Zaragoza, en donde enfermó

gravemente, saliendo de allí convaleciente hasta que llegó a Tenerife, Provincia de Santa Marta, en donde recobró la salud.

Se embarcó en Tenerife para España el año 1624 en la Capitana de la Armada del General Tomás de Larraspuru que la trató muy bien.

Volvió Catalina al juego y estando jugando un día se armó una reyerta y le dio una cortada en la cara a un muchacho. El general, por esta causa, la mudó a otro navío pero ella no quedó a gusto y pidió se le transportara al patache San Telmo, en el cual pasó grandes trabajos y aun peligro de vida, pues este navío hacía agua.

Ciertamente que fue para Catalina gran pérdida la muerte del santo Obispo Carvajal, pues vemos con cuanta facilidad reincidía en el juego y riña.

Desembarcó en Cádiz el 1º de Noviembre de 1624; fue a visitar a D. Fadrique de Toledo, general de la Armada quien tenía a su servicio dos hermanos de Catalina, de quienes no sabía ni conocía.

11º

De Cádiz a Sevilla, Madrid, Pamplona y Roma, y su regreso a España.

De Cádiz partió para Sevilla, en donde permaneció unos días, procurando no ser vista, pues eran muchos los que iban a verla vestida de hombre. Fue luego a Madrid, y allí se puso al servicio del Conde de Javier, que residía en Pamplona, asistiendo con él como 2 meses.

Deseando aprovechar el jubileo del año santo, quiso ir a Roma, tomando vía de Francia. Pasando el Piemonte, y casi al llegar a Turín, se la creyó espía, por lo cual la pusieron presa, la despojaron de cuanto llevaba y la maltrataron. Así pasó 15 días, al cabo de los cuales la dieron libre, pero no le dejaron seguir su ruta, sino que la obligaron a regresarse por donde había venido.

El viaje de regreso lo hizo con grandes trabajos, a pie y mendigando. Así llegó a Tolosa, y se presentó al Conde de Agramonte, Virrey de Pau, a quien ya conocía, el cual, condolido de su situación, la vistió, regaló y le dio cien escudos para sus gastos de viaje, más un caballo.

Volvióse a Madrid; presentó un memorial al rey relatando sus servicios en América, el cual pasó al Consejo de Indias, donde fue visto. Como resultado del mismo, se le señaló una pensión de 800 escudos de renta, de por vida, a partir del mes de Agosto de 1626. Después de este favorable resultado a sus pretensiones, resolvió partir a Barcelona, como lo ejecutó, en compañía de tres amigos. Poco antes de llegar a Velpuche, por la tarde, de entre unos breñales, les salieron nueve hombres con sus escopetas preparadas, así es que no hubo lugar a defensa alguna, y fueron despojados, dejándoles solamente sus papeles.

Desnudos y humillados, siguieron su camino hasta Barcelona, en donde se separaron. Catalina anduvo mendigando de puerta en puerta, hasta conseguir algo con que cubrirse.

Pernoctó en un portalillo, y allí supo que el Rey estaba en Barcelona y con él el Marqués de Montes Claros, a quien conoció en Madrid. Fue luego

a verle y exponerle su triste situación; condolióse de ella el caballero, mandó la vistiesen, y la llevó a ver a S. M. Entró Catalina, refirió su aventura; la escuchó el Rey, y le dijo: "¿pues como os dejasteis vos robar? Respondí: "señor, no pude más. Preguntome: ¿cuántos eran? dije: señor, nueve con "escopetas, altos los gatos, que nos cogieron de repente al pasar una breña." Llevaba Catalina un memorial, que el Rey indicó quería ver; se lo entregó, y éste prometió verlo. Luego, a poco, recibió la respuesta, consistiendo en darle cuatro raciones de alférez reformado y 30 ducados de ayuda de costas.

Dadas las gracias a su protector, se embarcó en la galera de S. Martín, que partía para Génova.

Llegó a Génova, en donde permaneció quince días. En uno de ellos fue a ver a D. Pedro de Chavarría, mas como fuese aún temprano para ello, se sentó en una piedra a la puerta del palacio del príncipe Doria. Estando allí llegó otro, al parecer italiano, e hizo lo mismo. Se saludaron, trabaron conversación, y el italiano le preguntó a Catalina si era español, respondiendo ella que sí. "Según eso, replicó él, será soberbio Ud., que los españoles lo son "y arrogantes, aunque no de tantas manos como blasonan." Dijo entonces Catalina: "yo a todos los veo muy hombres para todo cuanto se ofrece." Replicó el italiano: "yo los veo a todos que son una *merda*. Dije, levantándome: no hable usted de ese modo, que el más triste español es mejor que el mejor italiano. Dijo: sustentará lo que dice? Dije: si haré. Dijo: pues sea luego. Dije: sea."

Salieron al campo, comenzó el duelo, y entonces otro que llegó se puso al lado del italiano. A éste le dio Catalina *una estocada "de que cayó."* Apuraba al otro cuando llegó un cojo a auxiliarle; llegó otro más y se puso al lado de Catalina, y así fueron llegando más y más, formándose un verdadero combate. Catalina, entonces, se escurrió buenamente y se fue a su galera, sin volver a salir de allí.

Partió de Génova para Roma; logró ver al Papa Urbano VIII y referirle todas sus hazañas, *sexo y virginidad*. El Papa se mostró admirado, y después de amonestarla a cambiar de vida, le concedió licencia para proseguir su vida en hábito de hombre.

Presto se supo en Roma todo ésto, y luego, a porfía, personajes, príncipes, obispos y cardenales querían ver y conversar con Catalina. Así pasó en Roma un mes y medio siempre agasajada y regalada por los grandes.

El Senado Romano la apuntó en su libro áureo como ciudadana de la Ciudad Eterna, y el día de S. Pedro, 29 de Junio de 1626, se le dio una tribuna en la Basílica, desde donde vio, a toda su satisfacción, oficiar al Papa.

Partió de Roma para Nápoles el 5 de Julio de 1626, y allí quisieron burlarse de ella unas dos damiselas que acompañaban dos caballeretes. Una de ellas le dijo: "señora Catalina? donde está el camino? Respondí: señoras "putas a darles a ustedes cien pescozadas y cien cuchilladas a quienes las "quisiere defender. Callaron, y se fueron de allí."

Aquí termina la *Relación autobiográfica*; lo que siga es de la "Última y tercera relación" publicada en México el año 1653.

Regresa a España, obtiene una pensión, pasa a México en donde se dedica a la arriería, y muere.

“ Bolvió a España, y mediante un valedor habló a su Magestad, y después de aver visto sus papeles en el consejo de guerra le libró en las caxas Reales de Manila, México o Perú, quinientos pesos cada año. ”

Con esta pensión decidió Catalina venirse a vivir a México, como lo efectuó. Gobernaba entonces esta Colonia el 15º virrey D. Rodrigo de Pacheco Osorio, Marqués de Cerralvo, y a él presentó la real cédula que tal pensión le asignaba, la cual fue admitida, pagándose lo que allí se ordenaba.

“ Algunos años pasó con su cobranza, y comprando una requa, y traginando con ella, se ofrecio hazer viage a Jalapa del Valle, diole cierto mercader vna carta para la persona que allí era Alcalde mayor, informándole como nuestra Peregrina era muger, mediante que podia muy bien entregarle la hija que tenían tratado entrase Religiosa en vn Monasterio desta ciudad, dio la carta en mano propia, y como en ella auisauan que era hembra, y en ella veían señales al parecer de muy hombre, para salir de la confusión en que estava, mandó á las hijas que tenía ordenasen vn baño, y para el combidasen á nuestra Peregrina; hizieronlo assi, y aviendo asetado, puesto el Alcalde mayor á donde las via, y no podia ser visto con la experiencia conocio, que era verdad lo que le avian escrito, con que el dia siguiente le entregó á la dama que avia de ser Religiosa, y caminando con ella de su hermosura enamorada, llegaron á un paraxe que llaman el Chilar, á donde encontró el Alcalde mayor de aquella jurisdiccion, que con solo vn criado camiuava, preguntole á donde lleuava aquella dama, á que nuestra Peregrina respondió que á Mexico, es su muger, le dixo muy embarado, y ella le respondió, ni es possible serlo, esso pregunto, dixo el señor de la bara, señora hermosa; quítese vm. la mascarilla, que importa al servicio de su Magestad, á que nuestra Peregrina medio enfadada respondió: ni su Magestad tendrá noticia de nuestro viage, ni á su Real servicio haze al caso, quitarse, ó no quitarse la mascarilla que no se ha de conseguir menos que passando por dos balas que tiene este arcabuz, aplacó nuestra justicia la colera, diziendole á su criado, que picase, y bolviendo la rienda dio á entender que yba á buscar auxilio, pero nuestros caminantes se dieron tan buena maña, que en quatro horas se pusieron en otra jurisdiccion caminando sin estorvo hasta llegar á México, á donde con aplausos grandes fueron recibidos de los parientes de la dama, que venia á entrarse Religiosa, y tratando poner por execucion el fin para que avia sido trayda, la vio vn hidalgo que enamorado á sus muchas partes la pidio por esposa, supolo nuestra Peregrina, y zelosa llegó á tanto extremo, que le ofreció á la dama, porque entrase Religiosa dotarla, y demas de la dote ponerle tres mil pesos á renta, y darle la mitad de lo que cobrava en la Real caxa, y ella bolverse de nuevo á entrar en el convento con ella : pero á su despe-

“clo se desposó la dama, y á nuestra Peregrina del zeloso disgusto le dio
 “vna enfermedad, sanó y teniendo por menor daño tenerla embidia á los
 “ojos, que morir de ausiència de los de su querida, se entró un dia á verla,
 “siendo de su amada como del que era su esposo bien recebida, continuó
 “muchos dias en vesitarlos, hasta que excediendo zelosa de otras damas los
 “limites de la modestia, obligó á su esposo, á dezirle no le entrase en su
 “casa, este fue trance que la puso en peligro de perder el juicio, mas ape-
 “lando al valor, le escribió al que ya juzgaua contrario el papel siguiente.

“Quando las personas de mi calidad entran en vna casa con su noble-
 “za, tienen asegurada la fidelidad del buen trato, y no aviendo el mio, ex-
 “cedido los limites que piden sus partes de vm. es desalumbamiento impe-
 “dirme el entrar en su casa; demas, que me han certificado, que si por su
 “calle passo, me á de dar la muerte, y assi, yo aunque muger pareciendole
 “impossible á mi valor, para que vea mis bizzarrías, y consiga lo que blaso-
 “na, le aguardo sola detrás de San Diego, desde la vna hasta las seis.

Doña Chatherina de Erauso.”

“A que el desposado respondió con el siguiente:

“Poco deviera á las muchas obligaciones, que á mi calidad professo, si
 “viendome tan desigualmente desafiado, me dexara llevar del enojo, que
 “siendo vn hombre pedía, pero siendolo de vná muger, no es bien tan de
 “conocido arresgar la reputación adquirida, y assi sirbiendose vm. de dexar
 “esso para los hombres, puede exercitarse en encomendarse á Dios, que
 “la guarde muchos años.” Bolcanes arrojaba nuestra Peregrina por los
 “ojos, viendo assi burlado el fin de sus esperanzas, y determinada á vn des-
 “peño, le emprendiera á no aver sabido el caso personas de mucha impor-
 “tancia, que desseando la quietud de los dos, los hizieron amigos. Cosa de
 “vn mes sería el tiempo que esto avia passado, quando la Peregrina vido á
 “su reconciliado amigo, que con espada y broquel de tres hombres se defen-
 “dia, y con valor los ponía en cuydado; llegó ella con espada y daga desnuda,
 “y poniendose á su lado, le dixo, señor hidalgo, los dos á los que salie-
 “ren, y diziendo esto, acometio á los tres adversarios con tanto impetu, que
 “viendo aquel á quien favorecia su demasiado arrojó, le dixo Señor Alferéz,
 “blanda la mano que importa; pusieronlos en paz otros que llegaron, y quan-
 “do el favorecido en la pendencia yba á darle las gracias del beneficio, oyo
 “que bolviendo las espaldas, y embaynando el azero le dixo, señor hidalgo
 “como de antes, no le replico á esto, y sabida la bizzarria de su despejo, se
 “celebró mucho de los que la conocian: prosiguiendo siempre en el tragino
 “de la harrieria. El año de 1650 yendo por el camino nuevo con carga fle-
 “tada á la Vera Cruz, adoleció en Quitlaxtla del mal de la muerte, y falle-
 “ció con vna muerte exemplar, y con general dolor de todos los circunstan-
 “tes, dieron del caso aviso en Orizava, yendo a su entierro lo más luzido de
 “aquel pueblo por ser amada de todos los Presbíteros, y Religiosos que se
 “hallaron allí, le dieron con vn suntuoso entierro sepulcro honorifico.

“Tenia todos los dias por costumbre rezar lo que es de obligacion, á las

“ Religiosas professas, ayunava toda la Quaresma, y los advientos, y Vigi-
 “ lias, hazia todas las semanas, Lunes, Miercoles y Viernes tres diciplinas,
 “ y oya todos los dias missa.

“ He oydo á dos personas virtuosas, y de mucha fidelidad, que el Señor
 “ Obispo don Juan de Pálafox, hizo poner en su sepulcro vn epitafio honorí-
 “ fico, y que por prodigio de mugeres intentó traer sus huesos á la Ciudad
 “ de la Puebla.”

En honrarla despu de muerta se distinguieron los frailes de S. Juan de Dios pues parece que Catalina daba frecuentes y no cortas limosnas a estos religiosos. Según Arróniz, en la iglesia de su convento-hospital le hicieron ellos solemnes exequias y magníficas honras que fueron muy concurridas por todo el vecindario de Orizaba.

A este fin trajeron su cadáver desde la venta de Quilaxtla hasta la ciudad dicha, acompañándolo sus amigos y el clero secular y regular.

Fue sepultada por oficios de los mismos Juaninos “ y más probable es,
 “ casi cierto, que los restos de esta célebre mujer estén sepultados en el an-
 “ tiguu cimiterio de S. Juan de Dios ”, escribe el Sr. Arróniz.

Que el Ilmo. Sr. Palafox haya visitado el sepulcro de Catalina, mandase poner en él honorífico epitafio y aún tratase de trasladar sus restos a Puebla, es todo ello una mentira, puesto que el mencionado Obispo partió para España a mediados de 1649, año en el cual aun vivía la Monja Alférez, pues falleció ella el de 1650.

Noticias complementarias.

Complemento de todo lo narrado es lo que consta de una relación verbal hecha en 10 de Octubre de 1693 en el convento de capuchinos de Sevilla por el padre fray Nicolás de Rentería, profeso de dicha orden, que dictada la escribió por su mano el padre fray Diego de Sevilla del mismo orden y dice:
 “ Que en el año 1645, siendo seglar, fue en los galeones del general D. Pedro de Ursua: y que en la Veracruz vido y halló diferentes veces a la Monja
 “ Alferez Doña Catarina de Eranso (que entonces allí se llamaba *D. Antonio de Eranso*) y que tenía una récua de mulas en que conducia con unos negros
 “ ropa a diferentes partes: y que en ella y con ellos, le trasportó a México
 “ la ropa que llevaba; y que era sujeto allí tenido por de mucho corazón y
 “ destreza; y que andaba en hábito de hombre, y que traía espada y daga con
 “ guarniciones de plata: y le parece que seria entonces de *cinquenta años*, y
 “ que era de *buen cuerpo, no pocas carnes, color trigueño, con algunos pocos pe-
 “ lillos por bigote.*”

Pedro de la Valle (el peregrino) en sus *Viajes* habla de la Monja Alférez así: ⁽¹⁾

(1) Valle (*Pietro della*)

Viaggi, descritti da lui medesimo in lettere familiari all'erudito suo amico Mario Schipano, divisi in tre parti; cio é la Turchia, la Persia, e l' India. Bologna, 1677. 4 vols. en 4º

“ A los 5 de Julio de 1626 vino a mi casa la primera vez Catarina de Erauso

“ Era una doncella de edad ahora como de 35 a 40 años

“ El señor D. Francisco Crecencio, que es gran pintor, la ha retratado de su mano.

“ Ella es de estatura grande y abultada *para mujer*, bien que por ella no parezca no ser hombre. *No tiene pechos*: que desde muy muchacha me dijo haber hecho no sé que remedio para secarlos y quedar llanos, como le quedaron

“ De rostro no es fea, pero no hermosa, y se le reconoce estar algún tanto maltratada, pero no de mucha edad. Los cabellos son negros y cortos como de hombre, con un poco de melena como hoy se usa. En efecto, *parece mas capón que muger.*”

De los dos retratos que de ella se hicieron, uno por Crecencio y otro por Francisco Pacheco, solamente el de éste se encontró y es el fielmente reproducido por el grabador Fauchery y que acompaña a este estudio. El original que es un óleo mide 22 pulgadas de altura por 18 de ancho: En la parte superior en letras mayúsculas de color de oro, de media pulgada de alto, tiene pintada esta inscripción:

“EL ALFEREZ DONA CATALINA DE HERAUSO. N. de S. Sebastian”, y más abajo en letra cursiva a la derecha: “*Ætatis sue 52 anno*”, y a la izquierda: “*Anno 1630.*”

El Sr. de Ferrer cree que lo pintó Pacheco, en Sevilla, cuando a la sazón se encontraba allí Catalina para embarcarse rumbo a Nueva España, en la flota a cargo del general Miguel de Echazarreta.

Si se tiene en cuenta la fecha del nacimiento de Catalina que ella da en su autobiografía, contaba de edad, en 1630, cuarenta y cinco años (45). Si la de la fe de bautismo, eran 38 años.

Habiendo muerto en 1650, con la primera fecha tendría entonces 65 años, y con la segunda 58, así es que hay una diferencia de 7 años muy explicable toda vez que el original de la autobiografía no se había encontrado y la copia publicada por el Sr. de Ferrer, según él mismo lo confiesa, tenía muchos claros y evidentes errores.

Catalina en su vida aventurera tomó tres nombres:

1º Desde su fuga del Convento hasta embarcarse para América se llamó *Francisco de Loyola*.

2º Durante su permanencia en la América del Sur *Alonso Díaz Ramírez de Guzmán*.

3º En su vuelta a España, permanencia en México y hasta su muerte, *Antonio de Erauso*.

Las discordancias cronológicas engendraron en el ánimo del Sr. de Ferrer la duda de si la Catalina de la autobiografía sería la Catalina novicia en el Convento de S. Sebastián y concluye diciendo: “la imposibilidad de concordar con los hechos la cronología” le impelen a asegurar,

“que esta muger peregrina no es la verdadera Doña Catalina de Erauso, cuya historia conoció y cuyo nombre usurpó.”

En otra parte dice: “Parece pues indudable que cuando la verdadera heroína de esta historia era ya alférez en América y estaba cubierta de cicatrices recibidas unas en el campo de batalla, otras en pendencias y duelos, la novicia Doña Catalina de Erauso se estaba en el coro acompañando a su tía en sus ejercicios de piedad y devotas oraciones.”

Habría sido muy provechoso al Sr. de Ferrer conocer las *Relaciones* impresas en México a fines del siglo XVII, de las cuales ni supo su existencia. Tampoco logró ver las publicadas en Sevilla y Madrid y quizá las de México son reimpresión, por más que allí no se diga.

En vista de ellas es probable habría cambiado de opinión el Sr. de Ferrer. Mucho me llama la atención que en el impreso de Barcelona, de esta Historia, hecho el año 1838 en la casa de José Tauló, el prólogo del editor (Sr. de Ferrer) esté mutilado, omitiéndose precisamente la parte en la cual trata el punto citado. Tal vez entonces habría cambiado de modo de pensar tocante al mismo.

Para documentar algo más este estudio, copio las noticias bibliográficas que se contienen en la “Biblioteca del Bascófilo” del Sr. Allendé Salazar:

“181. Capítulo de una de las cartas que diversas personas embiaron desde Cartagena de las Indias á algunos amigos suyos á las ciudades de Sevilla y Cádiz. En que dan cuenta cómo una monja en hábito de hombre anduvo gran parte de España y de Indias, sirviendo á diversas personas. Y assi mismo cómo fue soldado en Chile y Tipoan, y los valerosos hechos y hazañas que hizo en cinco batallas que entró á pelear con los Indios Chiles y Chambos; y como fué descubierta y la recogió D. Fr. Agustín de Carbajal, Obispo de la Ciudad de Guamanga. En Sevilla, por Juan Serrano de Vargas, en frente del Correo Mayor, año 1618.

Fol. — 2 hojas. Port. Texto. Tres grabs. en madera.

“952. Historia de la Monja Alférez, Doña Catalina de Erauso, por Erauso (Doña Catalina de), Madrid, 1625.

“953. Historia de la Monja Alférez, Doña Catalina de Erauso, escrita por ella misma, é ilustrada con notas y documentos por D. Joaquín María de Ferrer. París, en la imprenta de Julio Didot, calle del Puente de Lodi, núm. 6, 1829. 8º

Anteportada. — Retrato de Doña Catalina de Erauso (grabada en metal por Fauchery). — Portada con el escudo de armas de Ferrer y la siguiente inscripción (en vascuense): “Humantesa izateco jayó-ninzan; Bañan bidé gait-zean galdú-ninzan.” — Prólogo del editor: págs. V á LI. — Historia de la Monja Alférez, Doña Catalina de Erauso: págs. 1 a 127. — Apéndice: págs. 129 a 168. — “La Monja Alférez”, comedia famosa de Don Juan Pérez de Montalbán: págs. 169 a 311.

“954. Historia de la Monja Alférez, Doña Catalina de Erauso, escrita por ella misma, e ilustrada con notas y documentos por D. J. M. D. F. (Joaquín María de Ferrer). Barcelona: imprenta de J. Tauló, 1838.

8º — 196 págs. y el retrato. (En esta edición el prólogo está mutilado,

faltan los documentos posteriores a las Notas y no tiene la Comedia de Montalbán. (El retrato grabado no es fiel.)

1139. — La Monja Alférez, comedia en tres jornadas y en verso. 1.^a El desafío. 2.^a Los guantes. 3.^a El disfraz. Por Don J. P. D. M. Barcelona: imprenta de M. Sauri, 1839. 8.^o

1140. — La Monja Alférez, comedia famosa del Dr. Juan Pérez de Montalbán.

1745. — Relación verdadera de las grandes hazañas y valerosos hechos que una mujer hizo en veinte y quatro años que sirvió en el Reyno de Chile y otras partes al Rey nuestro Señor, en ábito de soldado, y los honrosos oficios que tuvo ganados por las armas, sin que la tuvieran por tal mujer, hasta que le fué fuerza el descubrirse, dicho por su mesma boca viniendo navegando la buelta de España en el galeón San Joseph, de que es Capitán Andrés de Ontón, del cargo del señor General Tomás de la Raspuza, que lo es de los galeones, de la plata, en 18 de Setiembre de 1624 años. Sacada de un original que dexó en Madrid en casa de Bernardino de Guzmán donde fué impressa, año de 1625, y en Sevilla por Simón Faxardo.

Folio. — 2 hojas.

1810. — Segunda relación de los Famosos hechos que en el Reyno de Chile hizo una varonil mujer sirviendo veynte y quatro años de soldado en servicio de su Magestad el Rey nuestro Señor, en el qual tiempo tuvo muy onrosos cargos. También se avisa de cómo se descubrió que era mujer, y los regalos que el Obispo de Guamanga le hizo hasta embiarla á España. Impreso en Sevilla por Juan Cabrera. Por original Impreso. Año de 1625.

Folio. — 2 hojas.

1811. — Segunda relación la más copiosa, y verdadera que ha salido, impressa por Simón Faxardo, que es el mesmo que imprimió la primera. Dízense en ella cosas admirables, y fidedignas de los valerosos hechos desta mujer: de lo bien que empleó el tiempo en servicio de nuestro Rey, y señor. No se oyrán en este papel cosas mal sonantes, ni que causen deshonor, á la persona de quien van hablando, pues no es digna del, antes en su favor se diran cosas loables, y dignas de eterna memoria. Impressa con licencia en Madrid por Bernardino de Guzmán, y por su original en Sevilla por Simón Faxardo, año de 1615 (*sic*).

Folio. — 2 hojas.

(“Biblioteca del Bascófilo.” Ensayo . . . por D. Angel Allende Salazar. Madrid, 1887. 1 vol. fol.)

REFLEXIONES PSICO-MÉDICAS.

Para justificar mi intento en determinar al cabo de casi 400 años el sexo de Catalina de Erauso, sin tener ante mí, cuando menos, el cráneo y pelvis de sus despojos mortales, creo necesario analizar minuciosamente los *datos psicológicos* que en su auto-biografía constan, así como también lo que pueda deducirse de *sus funciones fisiológicas*, y *aspecto físico* que tanto por su retrato, como por descripciones de los que la conocieron, han llegado hasta nosotros.

En ambos aspectos me referiré a lo que en la primera parte de este estudio *he subrayado*, agrupando los que a cada considerando correspondan.

19

Datos psicológicos.

Corría el 5º año de la vida de Catalina cuando, dejando la casa paterna, ingresó al convento. Las costumbres y educación de las familias españolas en el siglo XVI eran sencillas, severas y altamente moralizadas.

A esa edad, salvo una pésima educación y un mal carácter, casi siempre patológico, los niños son dóciles, amables y cariñosos, principalmente con sus familiares. No hay dato alguno que nos incline a juzgar que Catalina estaba mal educada o tuviese un carácter insoportable. Debe haber sido como el común en los niños educados, a esa edad.

Los diez primeros de su vida se deslizaron sin acontecimiento alguno notable en los cuales, en calidad de educanda o *niña*, como se dice en lenguaje conventual, debe haber disfrutado ella de todas las inocentes distracciones de los conventos; coloquios, pastorelas, loas, autos sacramentales, funciones de iglesia, días de reja y azotea, sin serle obligatorios ni coro ni rezo, ni refectorio en comunidad. La regla monástica de las monjas dominicas no es rigurosa y les era permitido recibir jóvenes pensionistas para su educación, a la vez que tener criadas para el servicio doméstico.

Que la familia Erauso era una familia piadosa lo indica el que las tres hijas que hubo en ella, a más de Catalina, y fueron María Juana, Isabel y Jacinta llegaron a ser religiosas profesas en el mismo convento de S. Sebastián el Viejo.

Dócil e inclinada a la vida religiosa debe haber sido Catalina, toda vez que de 16 años tomó el velo de novicia y casi llegó a terminar su año probatorio. Su fatal destino la puso en contacto con doña Catalina de Alirí, viuda y por ende conocedora del mundo y sus atractivos. Que hubo amistad y

tal vez intimidad entre ambas, duda no cabe; quizá entonces la novicia viuda despertó sensaciones y deseos en el alma cándida de Catalina (no hay motivo para pensar que no lo haya sido): ¿Qué provocó aquel terrible disgusto entre ambas, al grado de haber llegado a las manos? Positivamente no se sabe, pero no sería aventurado juzgar que fueron *los celos*. ¿Por qué, de qué o de quién?; son otras interrogaciones de solución imposible. Llama la atención que Catalina no deje traslucir nada tocante a esos puntos en su narración; ella que es más que ingenua, casi cínica, narrando sus vicios y crímenes.

Intensa y profunda huella debe haber dejado en el ánimo de Catalina aquel maltrato de obra y palabra, con más su derrota por la novicia Aliri, pues vemos como ella *reveló* la soberbia, el impulsivismo, la decisión y el arrojo de la hasta entonces tranquila niña de convento. Transformaciones de esta naturaleza no son propias ni menos comunes en el sexo femenino; pugnan con lo fundamental de su organización física y moral y son muy propias del sexo contrario.

A la *novicia* sustituyó en pocos días el *aventurero audaz*, pues vemos a Catalina hacer largas caminatas a pie sin ningún recurso, *mentir* con aplomo y sostener hábilmente su mentira; no tolerar maltrato de nadie y antes perder conveniencias que soportarlo.

Su *disimulo* e *insensibilidad* ante la presencia y dolor de su padre no cuadran con una ánima femenina; y como si ésto no fuese bastante vuelve a su patria nativa, ve a su madre y a sus compañeras y no se conmueve!

Esta mujer desde el principio de su vida aventurera no tiene ni un solo momento de debilidad, ni moral ni física, pues de paje se transforma en *gramete*; es decir, toma un oficio de los más penosos de la marinería.

¿Cómo paga a su tío Eguiño los favores con que le ha distinguido, sin conocerla?; *robándolo* con el mayor desenfado; he aquí a la *novicia* convertida en *ladrón*.

¿En dónde aprendería la novicia a nadar?; quizá en el convento donde debe haber habido un gran estanque para regar la huerta del mismo. Ella en Puerto de Manta se salva de las iras del mar, gracias a esta habilidad que debe de haber sido grande.

Su irascibilidad y soberbia le atraen en Saña la riña con Reyes a quien no perdona la amenaza de "cortarle la cara" ni le tolera esté pasando ante su puerta.

No solamente quiere vengarse sino piensa en refinamiento para ejecutarlo, haciendo que a más de darle al cuchillo un buen filo, se lo piquen como sierra. No le era bastante para satisfacer su amor propio ultrajado la espada que por vez primera ceñía, sino que le era indispensable cuchillo picado para darle el colmo.

Ensaya por vez primera su *habilidad* en el manejo de la espada y pone con ella fuera de combate al amigo de Reyes. En dónde adquirió esta habilidad de espadachín? . . .

Su ineptitud sexual masculina nos la revela su aventura con Doña Bea-

triz de Cárdenas, más no su falta de instinto de *macho*, pues exponiéndose a ir a la prisión la visita con gusto, noche a noche.

Iniciada en Saña en las escandalosas riñas, culminan entre ellas aquella en la cual mató a su propio hermano, la desesperada que tuvo con el Cid y la efectuada dentro de la iglesia de San Agustín con Chavarría, en la Plata.

Poco útiles le fueron las exhortaciones evangélicas del santo Obispo de Guamanga y su permanencia en los conventos de monjas, después que confesó su sexo, como lo prueban su atentado en la Capitana de Larraspiru y el desafío con el italiano en Génova.

Con verdadera fruición relata la horrorosa matanza de los indios en la expedición a "el Dorado", mostrando ella su completa falta de humanitarismo.

Su arrojo y decisión en los combates contra los indios; su impasibilidad ante la muerte, probada ampliamente, tanto en el tormento del potro que le dieron en la Plata y lo acontecido en Piscobamba cuando se la iba a ahorcar, repugnan en una organización femenina.

Se conmueve un poco con la muerte de su hermano, y ello no obstante va, sin ser obligada, a presenciar sus funerales y enterramiento desde el coro del convento de los buenos frailes que la asilaban.

Llora (piensa que fué la vez primera) y reza en el camino de la cordillera; se sobrecoge ante el Ilmo. Carbajal y no dice haberse sentido conmovida por nada que no sea la ira, en el resto de su vida, la cual acaba de la más triste manera en el miserable albergue de una venta.

Nada hay de femenino y por ende de delicado en la vida de Catalina, según se deduce del anterior cuadro trazado por su misma mano.

Se hincha su vanidad más y más con la curiosidad popular de que ella es objeto, con los halagos y obsequios de los grandes y los mimos de las candidas monjas.

Jamás menciona a los niños, que deben haberle sido del todo indiferentes.

¿Dónde se encuentra algún rasgo psicológico femenino en la vida de Catalina?

En la relación 3ª publicada en México y al final de la misma vemos, dice el autor anónimo, "que rezaba lo que era obligación de las monjas profesas, ayunaba en toda la Cuaresma, vigílias y advientos, y que todas las semanas Lunes, Miércoles y Viérnes hacía disciplina y oya todos los días "missa."

En su vida aventurera no es verosímil haya hecho eso, y de seguro nunca tenía oportunidad para esas prácticas religiosas. Ya hemos visto que solamente *dos veces* y en qué circunstancias volvió sus ojos a la protección sobrenatural.

Quizá esos ejercicios piadosos los acostumbraría después que vino a vivir y morir en la Nueva España, y aun así es dudoso. Ella murió, cual diría una beata, "como un perro," sin auxilios temporales ni espirituales.

Datos somatológicos y fisiológicos.

El magnífico retrato de Catalina pintado por el célebre Francisco Pacheco y reproducido con tanta fidelidad como maestría por el hábil grabador Mr. Fauchery, no sabiendo previamente a quien representa, la impresión que produce y la convicción que engendra son de que se trata de alguno de tantos soldados de aventuras, tipos Donjuanescos abundantes en los tiempos en que España daba la ley a Europa. La cabeza grande, la frente alta, los arcos superciliares voluminosos, lo recio y saliente de los malares, la macidez y desarrollo del maxilar inferior, tanto en la región goniana como en la mentoniana; las cejas pobladas, la mirada dura e inexpresiva, la nariz rectilínea y abatida a la vez que provista de anchas alas; el pronunciado pliegue nasobucal y el labio inferior saliente y carnoso a la vez que la grande oreja que se deja ver en parte, bajo la melena, en el lado derecho, acusan en detalle y conjunto una fisonomía masculina. La complexión general demostrada por la parte del busto que la pintura nos muestra, prescindiendo de la cara y cabeza, nos da la idea de que pertenece a un hombre y no a una mujer. Recordemos cómo Pedro de la Valle la describe: "estatura grande y abultada para mujer . . . No tiene pechos . . . parece más capón que muger . . . manos abultadas y carnosas; robustas y fuertes . . ."

Fr. Nicolás de Rentería que conoció en Veracruz a Catalina, cinco años antes de su fallecimiento, dice era "de buen cuerpo, no pocas carnes, color trigueño, con algunos pocos pelillos por bigote."

Dotada de gran fuerza muscular como lo indica lo que la "Última y tercera Relación", impresa en México en 1653, nos relata, o sea que en la travesía de Cádiz rumbo a Roma, en la disputa que tuvo a bordo con un francés, "queriendo este ponerse en pie le ayudó nuestra peregrina (Catalina) cogiéndole impensadamente en los brazos, y dellos arrojándole al mar, a donde por caer atontado, de un golpe se ahogó."

No debe haber tenido *nunca* menstruación, pues de no ser así no se comprende cómo hubiera podido ocultarla a los soldados sus compañeros, quienes por la vista y el olfato lo hubieran fácilmente puntualizado, máxime que en campaña y en aquellos calidísimos climas habría sido necesario un minucioso aseo para ocultarla, y ésto mismo, caso dado que siempre hubiera sido factible, habría llamado mucho la atención de sus acompañantes.

Catalina jamás tuvo inclinación a los hombres, amistad estrecha o marcada simpatía por ellos.

Por el contrario, le agradaban las mujeres, pero las de "buenas caras": las perseguía, las procuraba, coqueteaba con ellas, las enamoraba, les "andaba por las piernas" y quizá subía algo más su mano. En su última aventura amorosa con la muchacha hija del Alcalde de Jalapa, al cambiar ésta de su resolución primitiva de hacerse monja, para casarse, Catalina, "zelosa

“llegó a tanto extremo, que le ofreció a la dama, porque entrase Religiosa dotarla, y además de ponerle tres mil pesos a renta, y darle la mitad de lo que cobraba en la Real caja, y *ella volverse a entrar en el convento con ella.*” La muchacha no aceptó y se casó, y a Catalina, “del zeloso disgusto le dió una grave enfermedad.” Mas como el amor apasionado suele contentarse con poco, cuando más no puede, “teniendo (Catalina) por menor daño tenerla embidia a los ojos, que *morir de ausencia de los de su querida.*” fué a verla ya casada; repitió sus visitas, “hasta que excediendo zelosa de otras damitas los límites de la modestia, obligó a su esposo, a dezirle no le entrase en su casa. . . .”

“Este fué trance que la puso en peligro de perder el juicio” y de allí nacieron aquella carta y desafío que ya narramos.

Seguramente que en sus relaciones amatorias con las mujeres de Sur América no pasaron sus lances eróticos de simples *manoseos*, por temor de descubrir el sexo que entonces asumía; mas con la hija del Alcalde de Jalapa ya se habían bañado juntas, el público sabía que era mujer, y quizá se establecieron entre ambas relaciones lésbicas, únicas que podría ejercitar Catalina con las mujeres.

El reconocimiento que de su sexo hicieron las comadres de Guamanga, por orden del Obispo Carvajal, en realidad nada prueba acerca del verdadero sexo de Catalina. Verían ellas aquella apariencia de vulva, entreabrirían lo que simulaba los grandes labios y percibirían un infundibulum estrecho que aparentaba el canal vaginal, y ésto, quizá, en medio de un abundante vello genital, pues en mi concepto *Catalina era un pseudo hermafrodita hypospádico.*

Con sobrada razón el escritor Arróniz escribía así: “para nosotros esta mujer, *jamás lo fué*, y aun su misma castidad debemos atribuirle a un defecto de organización.”

Su irresistible inclinación a las mujeres es patente desde muy a principios de su vida de aventuras; así la vemos frecuentar y visitar a la querida de su hermano, primero a excusas de éste y luego a pesar de la prohibición del mismo.

Su decantada *castidad* sería de cuerpo, pero no de alma *ni de manos.*

Si Catalina hubiese sido mujer, dado el medio en que vivía y su completa amoralidad, tarde que temprano habría sucumbido a los vehementes y necesarios mandatos de la naturaleza; puesto que, según los místicos, éstos pueden resistirse con éxito huyendo de las ocasiones y viviendo en penitencia y abstracción continuas, no en el juego, la riña y la completa disipación mundana.

Del timbre de su voz, los que conocieron a Catalina nada nos dicen, y esto nos induce a creer que en nada desmerecía de su concepto masculino.

* * *

De todas las anomalías genitales masculinas, la que más simula el sexo contrario es la *Criptorquidia* (oculto, y testículo), complicada con malformación del escroto y pene, Hipospadias, de (yo dividido), constituyendo lo que G. St. Hilaire llama *hermafroditismo masculino sin exceso en el número de partes*, y Gurlt *Pseudo hermafroditismo hypospádico*. ("Ueber Tierische Missgeburten." *Berlin*, 1871.)

Nos parece ver en el caso de Catalina mucho de lo que se relata por aquel escritor, de María Juana, de Dreux. (*Histoire générale et particuliére des Anomalies de l'organization . . . chez l'Homme . . . par Isidore Geoffroy Saint-Hilaire. T^o 2^o, pág. 72. Paris, 1836.*)

Si las pocas razones aducidas no pareciesen bastante persuasivas para hacer admisible mi hipótesis acerca de la anomalía sexual de Catalina de Trauso, como causa que haya provocado esa equivocación, reproduzco, por final de este estudio, lo acontecido con una monja profesa, contemporánea de Catalina y de su mismo país; impreso curiosísimo que original poseo, y el cual no he encontrado citado en ninguna bibliografía española, de las que conozco.







A S cosas notables, de admiracion, (dixo vn Sabio) no se deve tratar entre los que solo las juzgan, por la limitada capacidad de su entendimiento: pero aunque esto es assi, no faltaran muchos que se acomoden a creer los milagros de naturaleza. El de que se da cuenta en esta carta, tiene en su abono la calidad de la persona que lo escriuio, y la del señor Prouisor de Granada, a quien para dar licencia le deuio constar del caso. La carta es esta.

Sabra V. m. que en el Conuento de la Coronada desta ciudad de Vbeda, auia doze años, que recibieron vna monja, natural de del lugar de Sabiote, junto a esta dicha ciudad de Vbeda, llamada doña Maria Muñoz: hija de padres muy ricos, y por ser muger muy varonil, y que echaua mano a vna espada, y disparaua vn arcabuz, y otras cosas que hazia de hombre. Vinieron vn hombre de su lugar, siendo nouicia, y dixeron a las Monjas que como auian recibido vn hombre en su conuento, (no porque lo fuesse) sino por las condiciones dichas. Con esto las Monjas como han menester poco, como mugeres para inquietarse, se alborotaron de manera, que la Priora quiso examinar el dicho de los hombres, y ver si era hombre, o muger, y allo ser muger. Esta Monja esta professa, y por el discurso de doze años, en muchas ocasiones vieron las Monjas, no ser hombre, porque vnavez cogiendola dormida, otras por via de trisca, la descubrian para fatisfacerse, porque sus fuerças y animo, y las propiedades y condiciones, eran de varon. Aora vltima de san Francisco, deste año de seyscientos y diez y siete, la dicha Monja me escriuio vn billete, pidiendome le oyesse vna palabra, que le importaua a su saluacion.

Fuy

Fuey al Conuēto, y estando solos en vn locutorio me
dixo como era hombre, y me conto lo siguiente.

Que ocho o nueue dias antes, auian traydo al Con-
uēto vna partida de cien fanegas de trigo, y que ella lo
auia medido, y traspalado, todo en vna tarde: del qual
exercicio sintio vn gran dolor entre las dos ingles, y que
se le auia inchado, y entendiendo se auia quebrado con
la fuerza, se affligio mucho, y no se atreuio a dezirlo. Lo
vno, porque no la viesse medico. Lo otro, por que no la
tuuiesen por quebrada: y que al cabo de tres dias se le a-
uia resoluido la hinchazon, y le auia salido naturaleza de
hombre. Y en tonces le obligue a que me certificasse la
verdad. Y descubriendose, vi ser tan hombre como el
que mas: y por no alborotar el conuēto, instruy la a que
dixesse que auia professado forçada, y amenazada de su
padre, y que auia embiado a Roma por vn Buleto, para
ser oyda en orden, de que no era monja.

Con esto llame a la Priora, y le hize que la encerrasse
en vna celda, y que para darle de comer, entrassen seys
monjas juntas las mas ancianas, y religiosas, porq̃ a que-
ra monja queria poner pleys de su profesión, y no que-
ria que comunicasse con nadie, hasta dar auiso al padre
Prouincial. Ella fingio muy bien el caso, y yo luego em-
bie a llamar al padre Prior de Baeça, para que juntos lo
examinassemos. Y dia de san Francisco entramos en el
conuēto de las monjas, los dos, y en achaque de tomar
le su dicho a solas en la celda donde estaua encerrada, lo
vimos con los ojos, y palpamos con las manos, y halla-
mos ser hombre perfecto, en la naturaleza de hombre, y
que no tenia de muger sino vn agugerillo como vn pi-
ñon, mas arriba del lugar donde dizen que las mugeres
tienen su sexu, a pie del que le auia salido de hombre. Di-
xonos como por ser muger cerrada, y que no tenia mas
de aquel pequeño agugero, se auia metido monja, y ni te-
nia su padre otro hijo, ni hija.

De don-

de deo legitimos, que aquel agügero, era la rayz de la misma via de hombre, por naturaleza, para despedir la orina, a falta del miembro principal, que se le quedo por falta de virtud, espullido en lo interior.

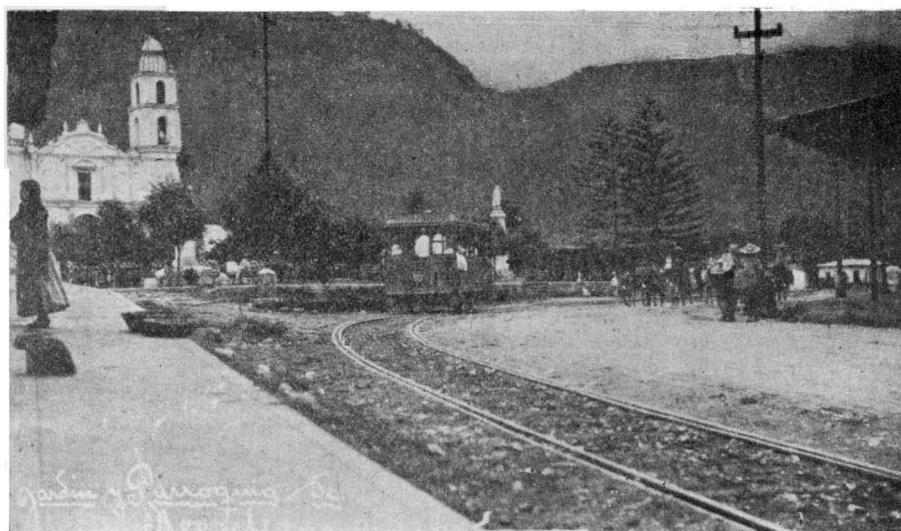
Confesso que jamas le oia venido su mes: y porque las monjas no la hallaron en un fiacho, que quando se de disciplina hazia ostentacion de la sangre, en las camisas, diciendo citava con su regla miramos los pechos, y con ser de treynta y quatro años, no los tenia mas que vna tibia. En seys o siete dias que le avia salido el sexu de hombre, le començava a negrear el boço, y se le mudo la voz muy gruesa. Y visto esto, yo luego embie a llamar a su padre, el qual bino luego, por estar en labiote, vna legua desta ciudad. Contele el caso, y penso morir de espanto, al fin aquella noche, vna hora despues de la oracion, fuy al sobredicho conuento, con su padre, y le pusimos vna saya de color, y vn manto, y le la entregue, y salida del Conuento de clare el caso a las monjas.

El padre esta muy contento, porque es hombre rico, y no tenia heredero, y agora le halla con vn hijo muy hombre, y queda por de castar, ~~ella le corrigio a su conueto~~ porque despues de doze años de carcel, sabe muy bien la liuertad, y se halla de muger varosa, que en las cosas y bienes temporales, ninguna merced mayor le pudo hazer naturaleza. El caso es extraño, y que se puede escriuir al mismo Rey, como entiendo se le han escrito. De Oubre de mil y seyscientos y diez y siete.

Fr. Agustin de Torres.

Esta relacion fue Impressa en la Ciudad de Granada, con licencia del señor Prouisor, don Francisco de Ledesma, y por su original, en Seuilla, con licencia por Francisco de Lyra.

Lám. 1.

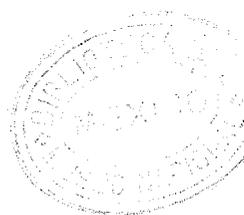


Vista de la plaza de Nogales; estado actual, 1923.

Lám. 2.



Vista de la iglesia de San Juan de Dios; estado actual, 1923.





A P E N D I C E

1. — He puntualizado que el sitio en el cual falleció la Monja Alférez no era un pueblo o rancho, sino una *venta* aislada del camino que de Orizaba conducía a Veracruz. Actualmente no se tiene noticia ni del nombre del lugar y vagamente se dice que donde falleciera esa mujer (?) célebre fue en *Noñales*, antiguamente llamado *El Inñenio*. Esto está en contradicción con la *Relación* contemporánea que asigna al lugar llamado *Quitlaxtla* como sitio en que ello ocurrió.

En ninguna Estadística de Orizaba, ya antigua o moderna, se encuentra el nombre de tal lugar y solamente en la "Estadística de Veracruz", escrita por Sebastián Camacho y publicada en Jalapa el año 1831, encuentro esta noticia: "Cerca de San Francisco Necoxtla hay un cerro llamado *Quitlasi* distante 2 leguas de Nogales." ¿Sería acaso al pie de esa montaña donde hubiese estado situada la *venta* nombrada *Quitlaxtla*? (Véase lám. 1.)

Nogales dista de Orizaba una legua y cuarto y Necoxtla tres leguas; pudo muy bien trasladarse en poco tiempo el cadáver de la Monja Alférez del lugar dicho a Orizaba, recibir el fúnebre homenaje de sus amigos los Juaninos y ser inhumada en el cementerio de su iglesia.

Este cementerio se encontraba situado frente a la puerta principal de la Iglesia de San Juan de Dios y es lo que actualmente se utiliza como patio principal del depósito de tranvías urbanos. Las oficinas de los empleados cubren por completo la fachada de la iglesia y está todo ese lugar completamente modificado, al grado que es imposible hacer investigación alguna. (Véase lám. 2.)

2. — La circunstancia del rápido fallecimiento de Catalina, que partiendo de Orizaba en estado aparente de buena salud, haya muerto a tres leguas de la ciudad, induce a creer fue de una violenta afección. Algunos vecinos de Orizaba afirman que fue víctima de la fiebre amarilla, contraída en la misma Orizaba.
3. — Las confusas y vagas ideas que de este individuo han conservado los habitantes de Orizaba, manifiestan que algunos la tenían en calidad de persona virtuosa y casi santa, quizá por el dictado de *Monja*; otros dicen era una mujer mundana a quien apodaban *la monja*, y era notable tanto por su arrojo y valentía cuanto por su hercúlea fuerza, refirién-

do de ella que alguna vez en una corrida de toros y en otras fiestas campestres lazaba un toro en plena carrera, y sin apoyo alguno, tirando de la sogá, lo hacía caer en tierra.

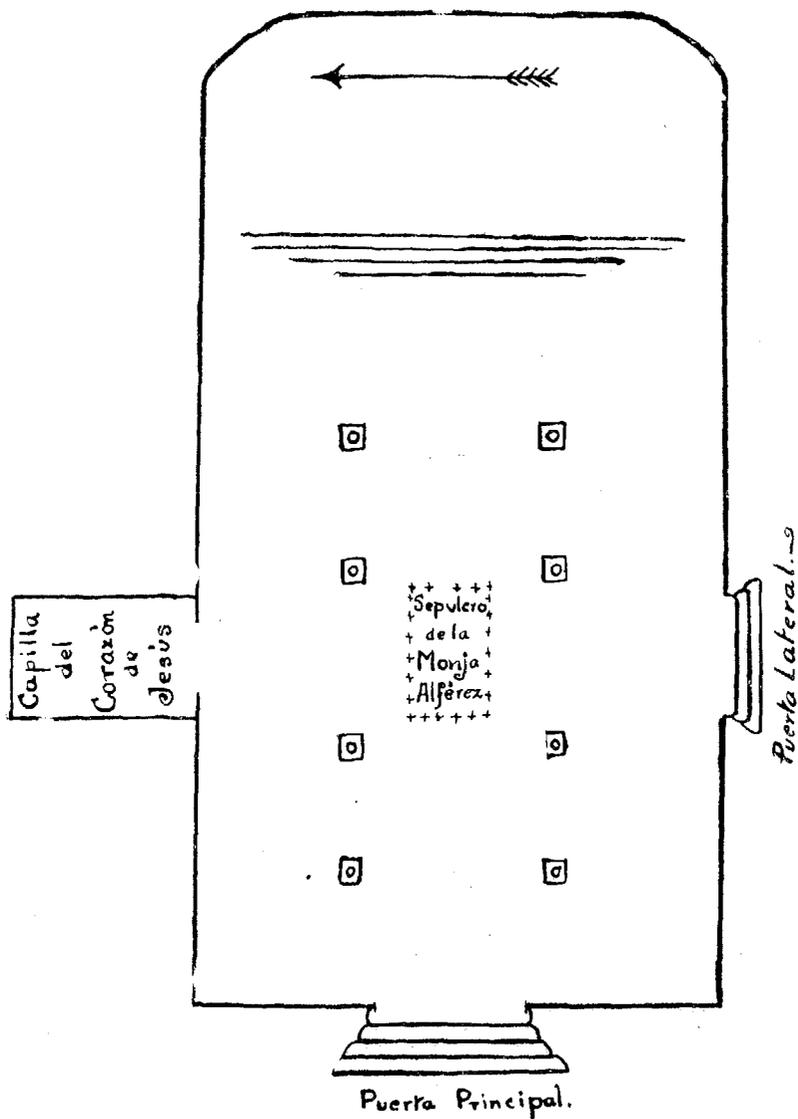
4. — En enero de 1923 estuve en Orizaba y registré el archivo parroquial buscando la partida de defunción de Catalina y, aunque encontré el libro correspondiente a la época de su fallecimiento, faltaban las hojas relativas al año 1650, las cuales fueron arrancadas furtivamente e intencionalmente, dejando huellas claras de ello.
5. — En el siglo XIX se conservaba en Orizaba una vaga tradición tocante a la Monja Alférez, la cual pasaba entonces en el concepto popular como mujer de gran santidad, como queda dicho; por ello fue que al apoderarse el gobierno liberal del convento e iglesia de S. Juan de Dios, en donde estaba inhumada, se trasladaron sus huesos a la iglesia parroquial, en cuyo pavimento y en la nave central, en su longitud media, fueron inhumados, frente a la capilla del S. Corazón de Jesús, poniendo sobre la sepultura la misma lápida que desde su origen la cubría. Permanecieron así las cosas durante varios años y no fue sino hasta el de 1883 a 1885 cuando, con motivo de reponer el pavimento de esa iglesia, labor emprendida por el Cura Manuel María Hernández y Orihuela, se quitó la lápida, que, según unos, se relegó a un lugar de la bodega de la sacristía o, según otros, se cubrió con el nuevo pavimento.

Busqué en vano la lápida e interrogué al sacristán de la parroquia, que desde niño y al lado de su padre, también sacristán de la misma, ha pasado en ese empleo más de 50 años, asegurándome que él nunca había visto esa lápida entre las cosas que se guardaban en la bodega de la parroquia.

Es posible por esto que aquélla haya quedado cubierta por el pavimento de mármol que en la actualidad subsiste.

6. — En la obra "Antaño y Ogaño", colección de novelas y cuentos de la vida hispano-americana, escritos por J. V. Lastarria (Santiago de Chile, 1885. 8º), hay una leyenda intitulada *El Alférez Alonso Díaz de Guzmán* (págs. 39-58) dedicada a nuestra monja. En ella casi todos los acontecimientos están confundidos y falseados, al capricho del novelador.
7. — El celeberrimo escritor D. Ricardo Palma, en la 3ª Serie de sus "Tradiciones Peruanas" (Tº II. Barcelona, 1894. Págs. 47-51), con el título de "¡A iglesia me llamo!" nos da un episodio de la vida de la Monja Alférez, ajustándose en su fondo, en todo, a la verdad histórica o tradicional.
8. — En la "Nueva Biblioteca de Autores Españoles, bajo la dirección del Exmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo", en el Tº II "Autografías y Memorias" por M. Serrano y Sanz (Madrid, 1905), a la página CLX se lee lo siguiente:

"II. Hasta hace pocos años se creía generalmente en la autenticidad del libro que D. Joaquín María Ferrer dio a luz, atribuyéndolo a



Iglesia Parroquial de Orizaba. ~ 1928.

la famosa Monja Alférez. ⁽¹⁾ Pero como *hizo ver* el Sr. Sánchez Moguel en su artículo que publicó en la *Ilustración Española y Americana* del año 1892, son tantos los *errores cronológicos* en que abunda y tan *absurdas* muchas aventuras, que es preciso considerarlo *apócrifo*. Así, por ejemplo, afirma haber nacido en el año 1585, estando probado que nació en el de 1592. Es, sin embargo, *histórico en el fondo*, y muchos de sus *datos comprobados* por los *documentos* del Archivo de Indias, donde se conserva el *Memorial de méritos y servicios del Alférez Erauso*, cuyo encabezamiento es una *verdadera autobiografía*.” (Sigue un corto resumen de la biografía de la Monja Alférez.)

“La pseudo autobiografía de Doña Catalina de Erauso está plagada de *anacronismos y absurdas invenciones*. Equivoca la fecha del nacimiento y hace cometer a la protagonista en América *desmanes imposibles*, pues mataba hombres con la misma facilidad que se rompen muñecos de alfeñique. . . . Hay motivos bastantes para presumir que este libro fue compuesto por Trigueros en vista de *algunas relaciones* que corrieron a nombre de Doña Catalina. . . .”

Las observaciones y reflexiones del Sr. Sánchez Moguel, en su citado estudio, no entrañan idea nueva alguna; ya el Sr. Trigueros había hecho iguales observaciones tocante a anacronismos y exageraciones en la narración de las hazañas de la Monja.

Que ella existió, corrió esas aventuras, ejecutó tales hazañas y le acontecieron las cosas que narra, son hechos indiscutibles y no invenciones del Sr. Trigueros. Habiendo un gran fondo de verdad en ese libro, no es justo dudar de la autenticidad de la narración, tanto más cuanto que *están comprobados muchos de sus datos* mediante el documento que se conserva en el Archivo de Indias.

1 *Historia de la Monja Alférez Doña Catalina de Erauso, escrita por ella misma. Ilustrada con notas y documentos por Don Joaquín María de Ferrer*. París. En la imprenta de Julio Didot, 1829. Un vol. en 8º de 311 págs., con un retrato de Doña Catalina. — Port. — Prólogo del editor. — Texto. — Notas finales del manuscrito de D. Cándido María Trigueros. — Apéndice. — *La Monja Alférez*, comedia famosa de D. Juan Pérez de Montalván.

Historia de la Monja Alférez Doña Catalina de Erauso, escrita por ella misma e ilustrada con notas y documentos, por J. M. D. F. Barcelona, imprenta de José Tauló, 1838; 1 vol. en 8º de 195 páginas. — Anteport. — Port. — Retrato de Doña Catalina. — Prólogo del editor. — Texto. — Notas finales del manuscrito de D. Cándido María Trigueros — Apéndice. — Índice de los capítulos.

Die Nonne Fahurich oder Geschichte der Catalina de Erauso von ihr selbst geschrieben Herausgegeben von don Joaquín de Ferrer und ins Deutsche übersetzt von Obersten U. Schepeler. Leipzig, Verlag von P. U. Mayer, 1830; 1 vol. en 8º de XX-231 págs. Al principio un retrato de Doña Catalina; es el mismo de la edición anterior. No ha mucho fue traducida al francés por el eminente poeta Heredia.